AÑO XIX. — Nº 891. EL DIA MONTEVIDEO, FEBRERO 12 DE 1950



PRADO ORIENTAL.

(Fotografía de Jack Clifford).

La atracción paradisíaca de las playas montevideanas no dejan olvidar los parajes arbolados del inmenso Prado, parque enjardinado de extrema belleza y apacibilidad, con lugares destinados a la orilla del Miguelete para el acampamiento, que en los días feriados congrega a muy nutrida población.



Las clases públicas de natación impartidas en la playa de Capurro, en la etapa en que el dominio sobre el agua comienza a ser una realidad.

TEMAS JUVENILES

EL URUGUAY Y LA NATACION

CON una propaganda que casi parece de empresa por su estampa moderna, la Comisión Nacional de Educación Física se ha dirigido a toda la juventud uruguaya, invitándola a aprender a nadar. En esos folletos e impresos varios, hechos sobriamente sólo con vista a la eficacia, la mencionada Comisión, nutrida de experiencias seleccionadas del mundo entero, recibidas directamente en los países más adelantados en el esfuerzo físico, considera generosamente juventud a toda la ciudadanía, y quiere, sin duda, ayudar valerosamente a ciertos bañistas que declaran que saben nadar pero que no saben respirar en el agua, que es tanto como saber volar... sin avión. Para superar eso está desarrollando una campaña tanto mas admirable cuanto que esta realizada dentro del marco de sus recursos netos, en un esfuerzo que es obligado dar a conocer.

Las trescientas mil personas que todos los domingos y a algunas horas de semana pueblan las bellísimas zonas costaneras de Montevideo, pueden ser sus discípulos siempre que no sean todos a un tiempo los que precisen su enseñanza, porque son muchísimos los lugares donde puede recibirse enseñanza directamente del Estado.

En una sociedad moderna y democrática, es evidente que el pueblo mas deportista no es aquel que logra mayor numero de "goles" o posee el campeón de saltos ornamentales, sino aquel que tiene el mayor número de hombres y mujeres practicantes del deporte q, por lo tanto, conocedores de la bravura de la naturaleza. Así ocurría en la Grecia clásica, en donde el atraso de un niño se confirmaba cuando no sabía "ni leer, ni escribir, ni nadar".

Este principio es mencionado con certera oportunidad en la campaña de la Comisión Nacional de Educación Física del Uruguay, y es criterio de sus dirigentes dar a la natación todo su rango tradicional de deporte libre, integral y de primer orden para la salud hasta en el supremo plano de la salvación de la vida, en circunstancias frente a las cuales cualquiera se puede encontrar. Su presidente, el Sr. Luis Franzini, ha declarado en público desde su puesto como una aspiración nacional, el propósito de construir por lo menos una piscina de natación en cada departamento de la República, por ser este tipo de instalaciones y los llamados "centros de barrio", lo que más puede contribuir a enseñar a nadar eficazmente, a dar generaciones completas de nadadores desde la niñez y, por consiguiente, a crear las auténticas bases de una buena educación física.

En un país como el Uruguay, tan espléndidamente situado en la zona templada del hemisferio sur, simétrica del centro de Europa; con un nivel de salubridad pública y alimentación que seguramente debe estar a la altura de los países más civilizados y en las mejores épocas de la historia, y con una población tan realmente aficionada a las playas, al turismo y a las excursiones por ríos, lagunas y arroyos, no hay duda que el propósito está llamado a tener una extraordinaria repercusión.

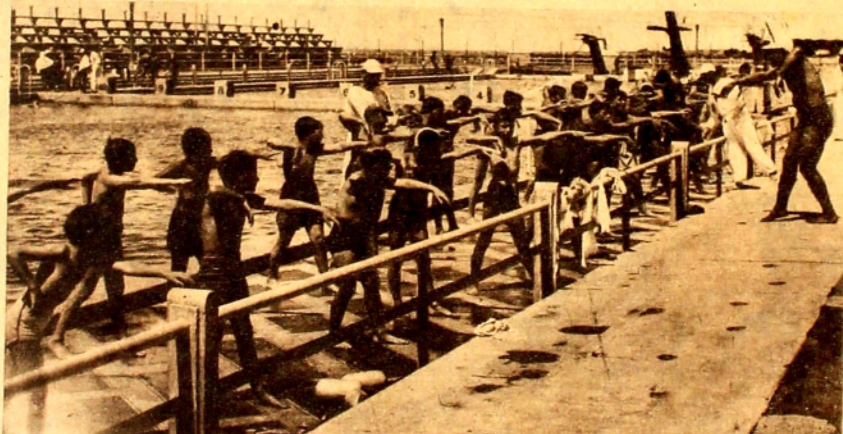
Con visión de gran radio, según se desprende de esta propaganda a que hemos aludido, el Estado no se sitúa naturalmente en un tono de indiferencia por el deporte de competencia, al que concede todo su valor. En cambio, no hace más que seguir lealmente el criterio del mundialmente famoso Barón Pierre de Coubertin, el creador de los juegos olímpicos "modernos", llamados así para no olvidar ni por un momento que hubo "otros"... de los cuales nos separan siglos que fueron de oscurantismo y de miseria frente a los derechos del cuerpo humano bajo el sol... Para Pierre de Coubertin, aunque "campeón" viene de competencia, el campeón no es más que el resultado de la afición de una colectividad, y suponía que el día en que la humanidad haya adquirido una adecuada cultura física, el deportismo será consecuencia y no finalidad.

La doctrina de la Comisión Nacional de Educación Física considera que con piscinas de natación adecuadas y bien distribuidas, se puede enseñar a nadar a millares de niños en pocos días, con una repercusión formidable en el deporte y en la educación nacional. Una elocuente expresión de este criterio lo vemos en el caso del Japón, que tiene en su territorio más piletas que nadie, y por eso sin duda es campeón del mundo en natación.

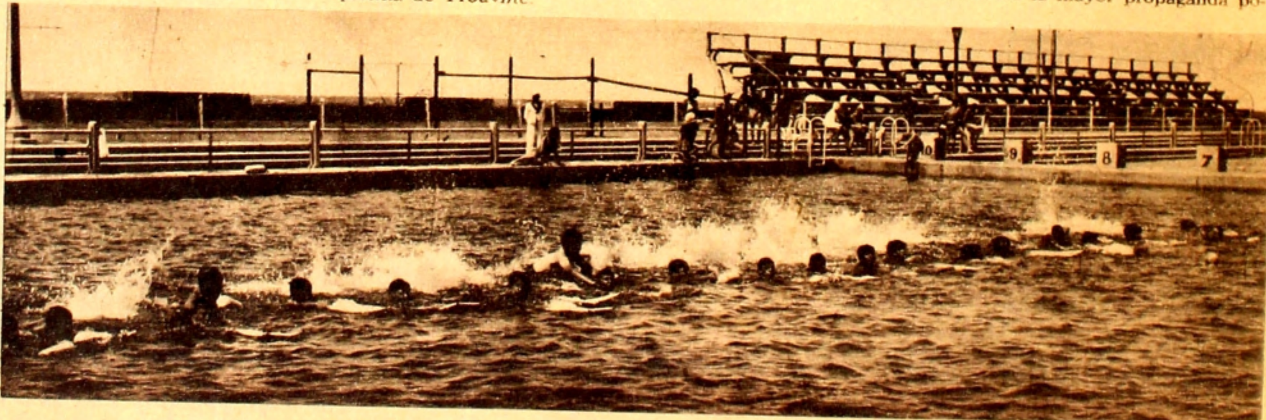
No obstante, sin atenerse demasiado estrictamente a esta doctrina, que es cosa de futuro, la Comisión Nacional de Educación Física realiza su campaña con toda actividad. Sus profesores y sus instructores están por todas partes. En todas las plazas de deportes hay registros donde pueden inscribirse los alumnos que a ellas concurren y los niños y niñas de las escuelas públicas, a efectos de organizar clases donde se hará la enseñanza colectiva de la natación. Los instructores parten al interior de la República con unos formularios de treinta puntos donde se cuidan los más pequeños detalles de la educación y la relación para el prestigio de su misión.

Seguramente que no es fácil estudiar los detalles de la misión de los instructores con más detenimiento de lo que ha hecho la Comisión Nacional de Educación Física en este país con los suyos, sin caer al mismo tiempo en un enredoso casuismo. Cada instructor oficial de educación física en el Uruguay, al llegar al punto donde ha de realizar su trabajo, reconoce detenidamente el lugar donde ha de trabajar y prepara su plan con anterioridad. Después se dedica preferentemente a los varones menores de 17 años, y para las clases femeninas solicita la presencia de una maestra. Con todos ellos, forma tres grupos separados por edades, hasta 9, 13 y 17 años, respectivamente, y además otro grupo de perfeccionamiento y salvataje, cursos estos especialmente interesantes que reserva para los últimos espacios del horario.

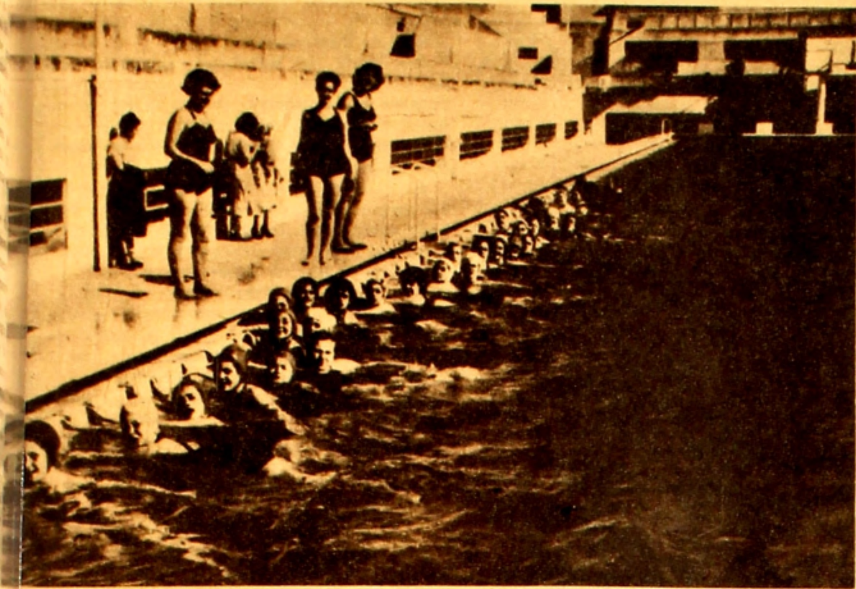
Luego, impone en la imaginación de los alumnos el principio fund[illegible] n[illegible] natación, de que, de su asiduidad depende su adelanto; conversa con los alumnos y con los padres sobre las conveniencias de la natación; no imparte enseñanza a un alumno preferentemente, porque puede causar mal efecto, sino a todos por igual, hasta donde permiten las facultades y variantes de cada uno; hace por todas partes en la ciudad o en el balneario la mayor propaganda po-



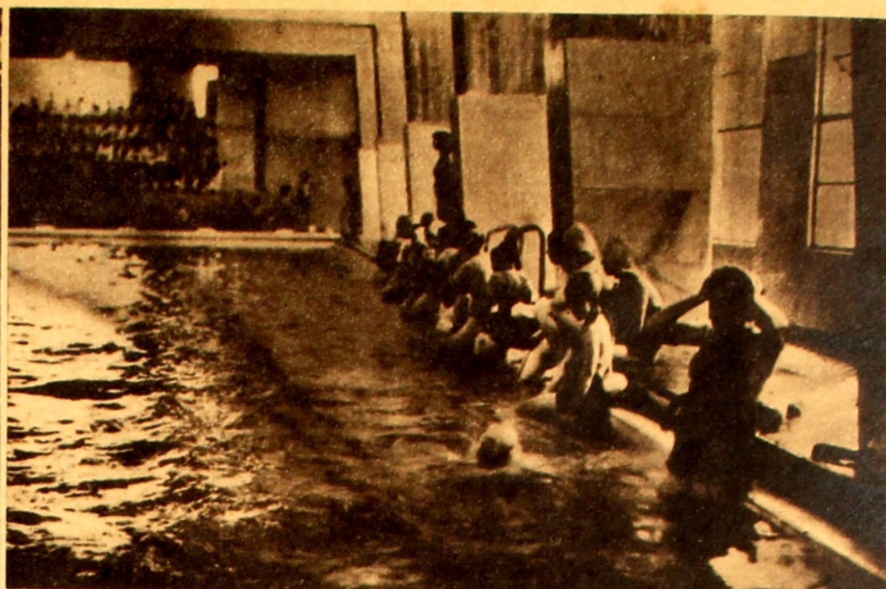
Grupo de niños recibiendo la primera lección de natación por el Estado, en la piscina de Trouville.



Otro aspecto de la clase de natación en la piscina de Trouville.



Aspecto de la piscina del Club Neptuno, durante las horas tomadas por la Comisión Nacional de Educación Física para la enseñanza de la natación a las muchachas.



Las clases oficiales de natación en la Piscina cubierta del Neptuno, para escolares de ambos sexos.

ible y, al final, precisamente a media los de febrero, realiza "Fiesta de natación" con programa mínimo, recorridos de veinticinco metros, cincuenta, cien, doscientos, en varios estilos, libre, pecho, espalda, con obstáculos, con ropas, etc., y envía sus estadísticas a las oficinas de la Comisión en Montevideo.

Bajo estos principios, se otorgan ahora en Montevideo gratuitamente clases de natación en todas las playas, desde Capurro a Carrasco. En todas partes se defiende la práctica de la natación como el gran deporte que nos aporta salud, recreo, fuerza, agilidad y resistencia. Del mismo modo la Comisión Nacional de Educación Física utiliza en horas determinadas la piscina de Trouville, tan popular entre nuestros aficionados por sus fiestas náuticas, y la espléndida piscina al aire libre del Club Neptuno, una de las más hermosas instalaciones de América en su género, cuya espléndida organización social permite también la natación en invierno por el uso de su piscina cubierta, admirablemente instalada.

Paralelamente a este aprendizaje y práctica de la natación, se puede presentar a las playas del Uruguay, habilitadas oficialmente entre las mas seguras, cualquiera que sea la naturaleza de aquellas con las cuales se las quiera comparar. Se puede afirmar esto, en atención a que el número de accidentes registrados en las playas "habilitadas" y en horas de "custodia", que alcanza a más de cincuenta en cada zona por temporada, nunca son fatales debido a la rápida intervención de los nadadores salvavidas.

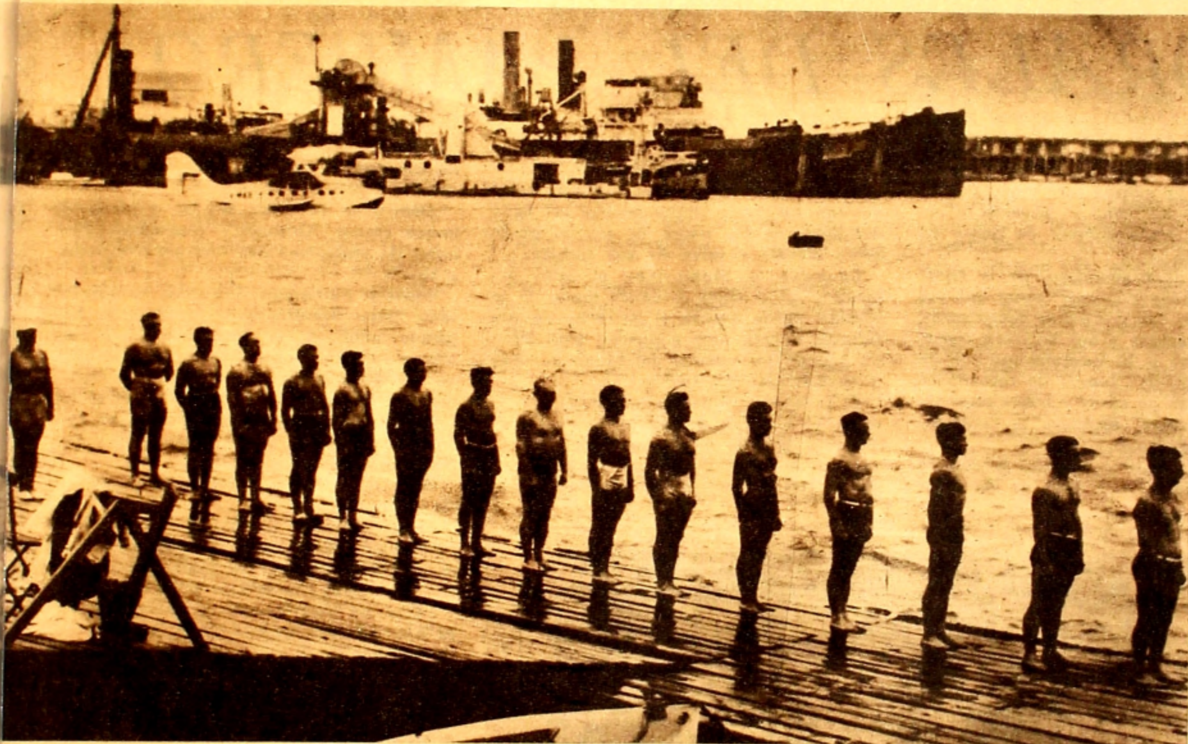
Para prestar ayuda a un bañista en peligro, no se emplean en el Uruguay lanchas automóviles, por su difícil maniobra en bajos fondos o entre rocas, sino la "ayuda individual", que es mucho más eficaz y más deportiva. Para la prestación de este servicio, la Comisión Nacional de Educación Física ha creado un cuerpo de salvavidas realmente extraordinario, capaces de nadar distancias respetables con mar embravecido y traer a tierra a cualquiera que lo necesite, con tal que no le afecte, al salvavidas, un mal estado físico.

Preparados por la Comisión Nacional de Educación Física, han sido los cuarenta salvavidas contratados por el Municipio para las playas de Montevideo. Para ello es que estos "Tarzanes' realizan estudios teóricos y prácticos y ejercicios de gran interés y de los que nos ocuparemos otro día.

Con este y otros aspectos de la educación general del cuerpo en gran escala que se afronta en el Uruguay, es que se puede admitir que su nivel de cultura física actual es ahora mayor que cuando ganaba laureles olímpicos en las canchas mundiales, y si esto es así, no hay duda de que le esperan atronadores triunfos deportivos que el avenir se encargará de administrarnos.

Rodolfo OBREGON.

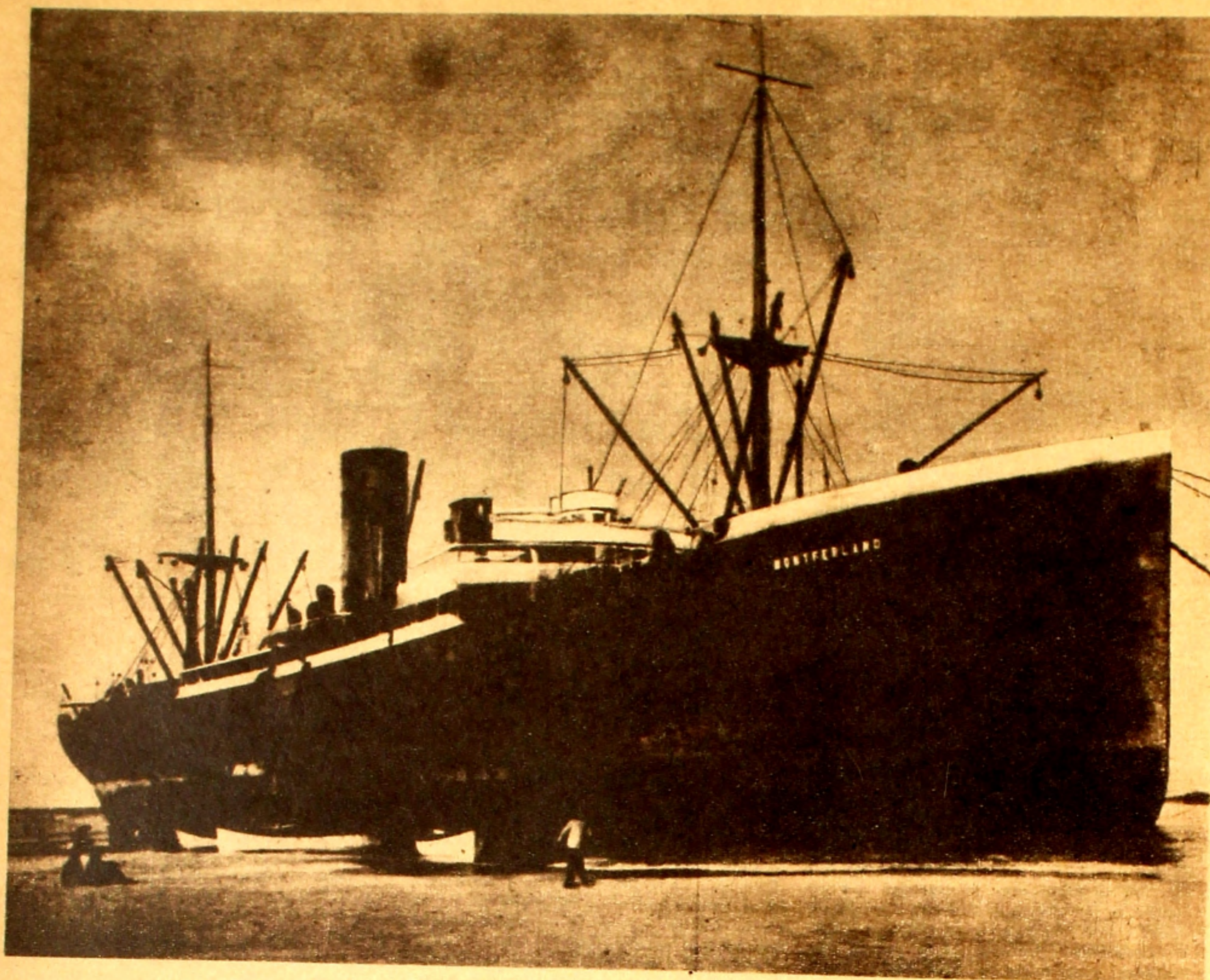
(Fotos de Caruso y de la Comisión N. de Educación Física)



Parte del Cuerpo de "Salvavidas", preparados por la Comisión Nacional de Educación Física, formados en la planchada del Rowing Club antes de salir a sus puestos a las playas del Este.



Una pequeña "campeona" descansando entre clase y clase.



Vapor arrojado a la costa de Maldonado, por el temporal del 10 de julio de 1923

LOS TEMPORALES DEL PAMPERO

La temibilidad de nuestras costas del Este, la encontramos mencionada por todos los viajeros que llegaron a surcarlas y la registran con unánime acuerdo todos los manuales de navegación.

Las costas aunque templadas por la zona inhóspitas y ventosas, sin olivares y sin retamas, eran temibles por las piedras que afloraban casi y sus bancos traidores y disimulados.

Sólo en épocas muy cercanas, la República en la dolorosa pero progresiva marcha de su evolución, redimió las aguas levantinas de una justa leyenda de horror, alzando faros, situando pontones, sembrando boyas luminosas y dando al espacio las voces estridentes de las sirenas.

El día apocalíptico en que el Estuario devolviera a los muertos a la costa, escribí yo hace años en página que tengo por de las mejores de mi firma — la costa se cubriría de una muchedumbre de gente de todas las razas.

A la naturaleza geológica de la tierra costera, apta para mantener oculta una red de acechos con sus corrientes encontradas, sus crecidas rápidas y sus bajantes repentinas uniéndose a la inestabilidad de los vientos sorpresivos capaces de recorrer la Rosa en término de horas, a todos estos peligros imprevisibles, añadíase la constante amenaza del Pampero.

Este viento foráneo — como se califica ahora por algunos, con sello de repulsión y de oprobio todo lo ajeno — el Pampero originado en los desiertos del sud argentino dando formidables aletazos, revolvía tan furioso e impunemente las aguas del Estuario que nadie, en ningún puerto podía creerse a salvo de sus embates.

La bahía de Montevideo, el único fondeadero de la costa atlántica digno de tal nombre desde Santos al Estrecho de Magallanes aprecia una seguridad sólo relativa, cuando los vientos del tercer cuadrante descargaban sus rigores.

El promedio anual de los pamperos — según el Capitán de Navío Francisco P. Miranda, llegaba a principios del siglo al número de 20, habiendo momentos de soplar a 180 kilómetros por segundo, produciendo olas de 2 metros en la rada de Montevideo y cerca de 4 en las inmediaciones de Maldonado.

Las cifras del estudioso capitán Miranda, sufrieron una seria rectificación cuando durante el famosísimo temporal del 10 de julio de 1923, se hizo sentir con una violencia tal vez no observada nunca en nuestras aguas.

La velocidad del viento alcanzó en aquella memorable fecha a 200 kilómetros por hora arrojando sobre las playas de La Floresta cinco grandes vapores que esa noche surcaban el Río de la Plata.

De esos transatlánticos el "Rugia", el "Monferland" y "Fuscany" — los de mayor porte fueron reflotados luego de larga tarea por los elementos de salvataje de la Administración Nacional de Puertos.

Los estragos en aguas de la bahía montevideana consideráronse virtualmente nulos gracias a las defensas del puerto artificial cuyas digas o escolleras tendían fundamentalmente a defender la boca de entrada de los vendabales del S. O.

En cambio, en la desamparada costa sud, los estragos fueron tan considerables que la vetusta barriada circundante quedó poco menos que en ruinas.

Vivo está el recuerdo de esta pamperada en el recuerdo de los contemporáneos.

Viva también está en lejanas crónicas y después en las columnas de los periódicos la impresión, el espanto y el estrago de algunos vendavales que podríamos llamar históricos.

En 1752 desamarrando de su fondeadero en la rada de Montevideo el navío de gran porte "Nuestra Señora de la Luz", el viento lo llevó a perecer en las cercanías de Punta Gorda.

La pamperada de 28, 29 y 30 de mayo de 1792, tiénese como una de las más prolongadas y famosas. Durante esos tres interminables días se produjo la espectacular pérdida sobre las piedras de la punta de San José, a la vista de todo Montevideo, de la fragata española de guerra Nuestra Señora de Loreto, que en viaje al Perú con un cargamento de azogue para el laboreo de las minas había recalado en nuestro puerto un día antes para hacer aguada y refrescar víveres.

Dentro de la bahía se fué a pique el buque correo "Grimaldi" zozobrando cantidad de embarcaciones mercantes grandes y chicas.

Cesáreo Fernández Duro, en su interesante libro "Naufragios de la Armada Española, publicado en Madrid en 1867, da noticia del oficio elevado a la superioridad por el comandante de las fuerzas navales del Río de la Plata, Brigadier Antonio de Córdoba, pieza redactada en términos tan gráficos como en ciertos momentos pintorescos.

Bajo la impresión de tanto desastre, decía el brigadier:

"Pedían socorro la Loreto y cuantas embarcaciones había fuera y a ninguna se podía socorrer por que la mar eran montañas y el viento se llevaba a las gentes...

"Este ha sido, señor, un temporal que no han visto los nacidos y los tres días de él tres días de Juicio".

El temporal del 6 y 7 de junio de 1805, sobre ocasionar incalculables estragos en nuestra bahía, barrió con todas las obras existentes en el puerto de Buenos Aires.

El año 26, más de cien barcos fueron averiados o se hundieron dentro de la rada.

La gran pamperada del 6 de agosto de 1865 reinó sin la más leve intermitencia 24 horas consecutivas, y en el curso del fenómeno el barómetro descendió 760 milímetros.

Sin llevar cuenta de los barcos que se hundieron en las aguas, más de 20 buques de alto calado y cabotaje se veían recostados sobre las playas de los antiguos Corrales de Abasto, Arroyo Seco y Aguada.

"Toda la bahía — dice una carta — estaba cubierta de lanchones, balandras y botes a pique".

El gran temporal que descargó los días 2, 3 y 4 de mayo de 1890, al que precedió un viento norte durísimo precursor del pampero, espectacular y rico en episodios — está descripto por pluma de los cronistas de la época con esmerado detalle.

Fué, puede decirse, este aletazo de 1890 el último de particular rigor, habido antes de que las obras del puerto artificial, cuya "alma máter" fué aquel gran Ministro de Fomento que se llamó Juan José Castro, hicieran de la bahía montevideana el refugio seguro desde tantísimos años esperado.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA

ORACION A ARTIGAS

Por cumplirse en 1950 el Primer Centenario de la muerte de Artigas, padre de nuestra nación y estadista ejemplar de la democracia americana, cobra singular interés cuantas notas pongan en relieve la resonancia del pensamiento artiguista en los más calificados valores del Continente.

En este sentido publicamos como primicia la magnífica oración en homenaje al Uruguay y a Artigas, pronunciada cuando la solemne inauguración de la estatua del héroe en privilegiado plinto de la capital azteca, por el canciller don Jaime Torres Bodet, cuyos conceptos cobran hoy su máxima trascendencia, por ocupar el ilustre mexicano la Presidencia de la UNESCO, el más espectable cargo en la cultura universal de nuestra hora.

Torres Bodet pone a Artigas al lado de Bolívar, en la galería de los Libertadores de América, para afirmar, con toda justicia, que "no obstante el tiempo transcurrido, América no ha encontrado fórmula más certera" para la defensa de la libertad, que las famosas "Instrucciones" de 1813.

SI algún hecho comprueba el fervor de América y da aliento expresivo a su juventud, ese hecho, a mi juicio, es la intimidad en que nuestros pueblos viven con sus libertadores.

En otras tierras suelen los héroes, desmenuzados por la psicología de la historia o diluídos en la niebla de la leyenda convertirse en problemas complejos para el observador. Pero, en América, la presencia de nuestros héroes resulta tan inmediata que no podemos ni reducirlos, por la abstracción, al análisis de una crítica sistemática, ni reintegrarlos, por el lirismo, a la anónima inmensidad de las fuerzas de la naturaleza.

Héroes tan próximos y de participación tan directa en nuestra existencia no aceptan casi la fragmentación de las papeletas en que distribuyen su tema los biógrafos minuciosos y de mal grado admiten —incluso, los límites de la estatua en que nuestro culto, con estremecimiento pósumo, los invoca.

Hombres fueron, aun en el vertice de la hazaña. Y hombres son; hombres siguen siendo, no espectadores, en la actualidad de nuestro destino.

De ahí que tenga tal importancia el acercarnos al pedestal en que los ha erguido el atrevimiento devoto del escultor. Porque no es el bronce ni la piedra ni el marmol lo que podría instalarlos de veras en nuestro cielo. Sus brazos no están inmóviles, como los brazos de las figuras que los recuerdan, sino luchando para nosotros — y con nosotros — en un combate que no advertimos y que, no obstante, será el que un día, ya sin congojas, nos ofrezca la dicha en la libertad.

Hombres de semejante carácter, tan poco hechos a la costumbre de ser emblemas; héroes que viven aún para estimularnos, nunca resultan, ni siquiera en efigie, huéspedes dóciles. El recibirlos y el contemplarlos no es cosa fácil, pues, para recibirlos con dignidad y contemplarlos sin irreverencia, tenemos que levantarnos nosotros mismos hasta ese plano moral en que se descubre, más allá de la gesta, el ejemplo vivo, más allá de los actos, las enseñanzas, y más allá de la gloria, la exhortación.

¡Cuántas estatuas son exclusivamente tumbas erectas, frente a las cuales pasan las muchedumbres sin darse cuenta del mensaje escondido entre las cenizas y de la voz imprecante bajo los lauros!... Pero hay estatuas que son, en cambio, cuna de esfuerzos. Y ésta, de Artigas, a cuyas plantas nos congregamos, vibra de augurios; porque el varón al que la consagra el amor de América no abandonó la causa que proclamaba ni con la muerte, y todavía es la estrella de su ideal la que orienta a sus descendientes en el camino.

¡Grande y lúcido Artigas! Le imaginamos sobre el lomo de uno de los corceles ágiles de su tierra; desdeñoso ante las intrigas; saludando por su apellido a cada uno de los soldados en que la adivinación del país naciente transformó a los campesinos de la Banda Oriental del Río de la Plata; gaucho señero, más largo en hechos que en alabanzas; hombre que, acaso, no dominaba como otros genios la teoría de su conducta, pero encarnaba esa teoría con telúrica intensidad hasta el punto de que un filósofo de su patria — el sutil pensador de "Ariel" pudo escribir que "ningún caudillo personifica con tan característica energía la democracia espontánea, nacida de las entrañas mismas de América" y que "ninguno, como él, desplegó desde el primer momento, con tal fe y tal constancia, la bandera de los principios de organización que habrían de prevalecer como fundamento de la independencia y la libertad de los pueblos del Continente".

¡Organizador de la Independencia! ¿Qué elogio más positivo y qué definición más austera de su virtud? Porque, en efecto, en aquella aptitud de organizador — de organizador tenaz de la independencia — reside la cualidad primordial del jefe en quien admiramos la voluntad sin abdicaciones, forjada al fuego de un entusiasmo tan varonil que sus llamas consumen pronto el incienso vulgar de los adjetivos, y que nos brinda, en el escenario del Nuevo Mundo, una biografía empuñada por todo un pueblo, afirmativa y reverberante como una espada frente a la aurora.

Lo mismo en la triunfal jornada de Las Piedras que guiando en su éxodo al Pueblo Oriental ;en los sitios de Montevideo igual que en el campamento de Ayuí; en la hora de concebir y dictar las célebres "instrucciones" para los diputados, a quienes después rechazara la Asamblea Constituyente de Buenos Aires, o en el lento crepúsculo de su vida, tras del asilo pedido al doctor Francia en el Paraguay, Artigas pensó y actuó como el depositario de los destinos de su República. Jamás desertó su causa. Por eso, al buscar un epígrafo de su gloria, nos sentimos tentados a repetir las palabras que dirigió, en ocasión memorable, al generalísimo Sarratea: "La libertad de América forma mi sistema. Plantearlo es mi único anhelo".

En días en que el concepto de los Estados de este Hemisferio solía mostrarse vago e informe, como el perfil evasivo de las montañas entre la bruma de un cálido amanecer, Artigas luchó por dar una línea exacta e irrevocable a las soberanías americanas. En definir esa línea de resistencia, puso toda la exaltación de quien ve en la Patria no a la madre feliz a la que se hereda, sino a la hija, todavía débil y vacilante, a la que es necesario guiar cautelosamente entre las discordias del interior y proteger generosamente de las amenazas del exterior.

Pero el amor paternal que tenía por su provincia nunca le indujo a menospreciar el deseo de vincularla con las demás. Así es cómo, trasladando a la escala continental los principios que le animaban, podríamos hallar una norma eficaz para nuestros pueblos en el artículo décimo de sus "instrucciones" de 1813. "Que esta provincia — exclamaba entonces — entre en una firme liga de amistad con cada una de las otras, para su defensa común, seguridad de su libertad, y para su mutua y general felicidad, obligándose a asistir a cada una de las otras contra toda violencia o ataques hechos sobre ellas o sobre algunas de ellas, por motivo de religión, soberanía, tráfico o algún otro pretexto".

No obstante el tiempo transcurrido, América no ha encontrado fórmula más certera para defender lo que Artigas llamaba "las ventajas de la libertad" y para mantener gobiernos, como él decía, "de piedad y justicia, industria y moderación".

Aquella visión de Artigas coloca al héroe del Uruguay en la galería de los libertadores que, con Bolívar, comprendieron sinceramente la responsabilidad moral de la independencia y no miraron en ella una meta última, susceptible de preservar nuestra dicha por el solo hecho de conquistarla, sino un sendero para perfeccionarnos en el honor y un sistema para ayudar a vivir a la humanidad en la paz dentro del derecho y en la fraternidad luminosa de la justicia.

A 134 años de la redacción de esas "instrucciones", se repiten, en nuestro diálogo cívico, las mismas frases: paz indivisible, seguridad colectiva. Pero, igual ahora que entonces, cuando exponemos esos conceptos no postulamos una doctrina capaz de frustrar la osadía de nuestros pueblos sumergiéndolos en la inercia de un estado de gracia garantizado por el falso usufructo de la quietud.

La paz del mundo no se presenta a los hijos de este Hemisferio como una póliza universal contra todo riesgo. Ello hundiría, tarde o temprano, a nuestras Repúblicas en el ocio peor: el del egoísmo. Sabemos que vivir es luchar incansablemente. En consecuencia, nuestra voluntad fervorosa de paz no entraña, en manera alguna, un anhelo senil de jubilación. Nuestro pacifismo condena en verdad la guerra; mas no la condena porque la guerra sea una lucha y un sacrificio; sino porque entre todas las formas de lucha es la más inicua y, de todos los sacrificios, el más estéril. Y queremos la paz no por el deleite de la paz misma, ni mucho menos como el proyecto de un paraíso erigido "a la sombra de las espadas"; sino porque sólo en la paz real habremos de continuar, con mayor vigor, esa lucha que no requiere cóleras ni cañones: la que fecunda el trabajo humano, la que da a nuestra civilización su mejor sentido; esto es, la que libra al hombre de la ignorancia, de la miseria y de la injusticia.

En esa lucha, que nunca cesa, Artigas nos acompaña. Y la Intendencia Municipal de Montevideo — al ofrecernos su imagen, con deferencia que agradecemos profundamente — se asocia a nosotros, junto con todo el pueblo uruguayo, en la emoción de honrar y servir a América. Lo atestigua la presencia aquí de una Misión especial, a cuyos honorables componentes me complazco en saludar. La preside un general que es, a la par, un poeta, y un poeta que ha conquistado muy justos lauros con el caudal de una épica inspiración.

El recuerdo de un hombre ilustre constituye un mensaje y una lección. Estimamos esa lección y recibimos ese mensaje con alegría tanto más viva cuanto que fueron manos sin mancha, manos de niños, las que se unieron en las aulas de las escuelas del Uruguay, a fin de donar materiales para el vaciado metálico de la estatua que inauguramos.

En cualquier momento, descubrir el perfil de un héroe es un aco de extrema solemnidad. Pero tal solemnidad se reviste de caracteres inolvidables en épocas, como ésta, frente al horizonte sombrío de los problemas que afronta el género humano.

Dolorido y sangrante aún, el mundo contemporáneo necesita volver a la escuela de sus maestros y aprender, de sus palabras y de sus actos, el arte magnífico del perdón. Porque sólo entregándonos totalmente a la obra de redención que nos enaltece, conseguiremos salvar la paz y nutrirla en un contenido cordial y eterno.

Ahora bien, para realizar ese don total, es indispensable que sepamos vivir en la cima de cada instante y que se acostumbre a brillar nuestro pensamiento en la combustión dramática de las cumbres. Pienso, al decirlo, en Shakespeare, cuando describe, en el castillo de Porcia, la inquietud de los príncipes pretendientes. Tres arquillas se alinean ante sus ojos. La primera es de oro, y, sobre su tapa, se leen estas palabras: "Quien me elija ganará lo que muchos desean". La segunda, de plata, lleva la siguiente inscripción sobre su cubierta: "Quien me escoja obtendrá tanto como merece". La última, que es de plomo, ostenta la divisa más ambiciosa: "Quien me escoja debe dar y aventurar todo lo que tiene".

Engañados por las apariencias, dos de los solicitantes de la mano de Porcia, prefieren el cofre de oro, que promete lo que muchos desean, y el de plata, que anuncia un premio adecuado al mérito. Pero la respuesta que codiciaban — el retrato y el sí de Porcia — yacían en la más pobre de las tres arcas: en la de plomo que rehusaron, ligeramente, porque reclamaba todo lo que tenían.

He recordado aquel inmortal apólogo, pues abrigo la certidumbre de que América deberá elegir con mayor valor que los príncipes shakespearianos. Nuestra Porcia se llama la Libertad. Y para asegurarla, en la democracia, habremos de aventurar cuanto poseemos. Sólo así afianzará nuestro Continente esa victoria suprema, la que corona todas las otras: la victoria que vence a la victoria.

La misión de todo héroe genuino es la de alertarnos en la elección de la ruta que lleva a la humanidad a la consecución de su triunfo augusto. Que la presencia de Artigas, bajo el cielo de nuestra Patria, cumpla esa gran misión. Y que el bronce en que está fundida su estatua — ese *Artigas de bronce* que, para decirlo con palabras de Edgardo Ubaldo Genta, es "símbolo excelso de la unidad de pueblos independientes" — selle perennemente la amistad de nuestros países: México y Uruguay.

Jaime TORRES BODET.

(Presidente de la Unesco)



El ilustre escritor Jaime Torres Bodet, pronunciando como Canciller de México su notable oración a Artigas, en nombre del gobierno mexicano.

Un caso de ética

HOY nos hemos propuesto escribir algo sobre algo de una vida romancesca. Narrar, ajustándonos todo lo posible a la realidad, uno de los episodios de esa vida. Presentaremos, pues, a quien la llevó con sobria dignidad y varonil prestancia. Se trata del comandante... Bueno: no podemos ni debemos dar su nombre verdadero. De darlo, pondríamos en claro relieve la comarca de sus hechos más encumbrados, sus amigos, sus enemigos, sus familiares y a él mismo. Ya no existe. Pero como siempre rehuyó firmemente toda calidad y cantidad de palabras o actos laudatorios en pro suya, por respeto a esta terminante resolución (y en bien de su memoria), y por temor de rozar a algún espíritu quisquilloso que pudiera verse o sentirse en esta crónica, es que le daremos otro nombre (que en nada alterará el orden ni la veracidad de nuestro trabajo) y es éste: Nicomedes Gadea.

El grado de Nicomedes Gadea no era oficial. Bien saben quienes leen esto, que nuestro país atravesó una época pródiga en comandantes. No nos sonrojemos. Recuérdese que el genial Marck Twain, en uno de sus memorables escritos, pintó a su país como país de coroneles. Y eso no es nada: si nos aproximamos a los trópicos crece el número y el brillo de los jefes, y de llegar al ecuador sólo veremos una deslumbrante constelación en las palmas de un millón de generales. Cuestión de tiempo y de clima...

Volvamos al comandante Gadea. Cuando sucedió el hecho que hoy nos proponemos describir, era el hombre de sesenta años (que no le pesaban), ancho de espaldas, de vasto pecho, alto, de estirada pera tobiana, cejas tupidas y metálicos ojos grises. Suave era su voz. Hablaba pausadamente y su tos (cuando tosía) evidenciaba el aliento de sus poderosos pulmones. Una vez, jugando al *solo*, estornudó y apagó los tres candiles que alumbraban melancólicamente a los abstraídos soleros. Total: un caudillo.

Esa vez —de la que hemos decidido hablar— firmó uno de sus caballos para una carrera: el Lancero, picaso zebruno, mascarilla, cuerda blanca en la pata izquierda, tanilla en la mano derecha. El mismo vigiló el apronte, calculó el tiempo, vigiló las raciones, cuidó techo y cama, aconsejó al vareador, *secreteó* al piloto y se comunicó con su aparcería.

—Sé que el comisario será tercero en la sentencia. Pero yo firmé. Con eso les digo todo.

Bien. Llegó el día. Brillante y glorioso. Ese día Martín Fierro hubiese cantado y don Segundo Sombra reído: no hay más que decir. A la una en punto (las 13 hoy), abrió la última portera de acceso a la cancha el propio comandante Gadea. Junto a él el vareador, con Lancero de tiro. Un poco atrás, flanqueándolo, el corredor, negro retinto a quien los fulgentes chorros del sol hacían relumbrar su ébano, pintándole con su más puro blanco de plata los dientes y su más encendido bermellón la "geta". A retaguardia, una extensa y tonante columna que el polvo del camino desvahía sobre el fondo de las colinas y de las sierras distantes: doscientos varones sobre caracoleantes caballos de espumosa boca y rabo mosqueador.

Gadea, sobre un moro clinudo, de golilla tendida y sombrero de cimbreantes alas ajustado por fuerte barbijo, era la encarnación del gaucho rectilíneo. Cuando su flotante poncho de verano se alzaba, prendida en el ancho cinto lucía una pistola enorme cuya boca tenía cierta semejanza con la cabeza de un ñacurutú. Eso por un lado; por el otro se podía ver, sin el menor esfuerzo, el cabo de plata de un facón que en un duelo podría servir de espada, o junto a una carreta, de picana. A pesar de que en esos tiempos el gauchaje acostumbraba a ver y sentir hombres y pueblos imponentes, la llegada de Gadea y su huest levantó un murmullo que subió del carpero y de las enramadas como la música melodiosa de escondida lechiguana.

Saltaron los corredores, se acomodaron los banderas, se reunió la sentencia, gritaron las aparcerías, vibró la tierra. Al fin salieron los pingos... y el comisario dió la carrera ganada al bayo Tres Marías. Se oyó un grito airado, tajante:

—¡Pero si Lancero ganó a fiador!

(Y había ganado así mismo). Gadea humilló su cabeza.

—¡Pero comandante —se alzaba la estruendosa protesta de su aparcería— si ganamos!

—Paguen —respondía sombríamente pero con firmeza Gadea.

—¡Pero, comandante...

—¡Paguen!

La apercería pagó y la columna se puso en marcha, silenciosamente. En la punta iba el jefe, hecho una comba sobre el moro, hierático y mudo. Cerca, el parejero. Un poco más lejos, el negro. Y los compañeros atrás, callados, aplastados, abrumados.

Seis meses después sucedió lo mismo. Firma del compromiso, apronte, carrera, victoria, falaz sentencia del comisario, protesta de la aparcería.

—¡Pero, comandante...

—¡Paguen! —decía Gadea.

Desfile del taciturno comandante y de la sorda columna. Y seis meses después vuelta a la cancha. El mismo peón, el mismo parejero, el mismo adversario, el mismo negro y los mismos hombres. Pero a esos hombres Gadea les había dicho ese día:

—Jueguen sin lástima que hoy gano.

El timbre de la voz del comandante cuando dijo eso, sonó más agudo que de costumbre, como si le hubieran apareado un doble sostenido a su nota habitual. Y por ese timbre, que les llevó una profunda confianza y la secreta seguridad de una firme fe o de una firme determinación, los hombres de la aparcería apostaron sin lástima. Y los otros, que sabían que el comisario sería tercero en la sentencia, también apostaron sin lástima. Pero algo incorpóreo, algo invisible, algo que fluía de no se sabe dónde, que estaba en el aire, en el sol, en los pastos, se adentraba por los espíritus subiendo un grado más la fiebre de los hombres...

Y partieron las nobles bestias, haciendo crepitar los trillos y estallar los andariveles. Y entonces se vió algo inusitado. Tras su campeón, sobre su mismo sendero, desalado, tendido en su moro, iba el comandante Gadea, alta el ala del sombrero, tremolante el poncho, silbándole la pera venerable, sumida la boca, pistola en mano. Los hombres se sobrecogían al ver aquella violenta y temerosa aparición, pero luego se lanzaban en pos suya, en un diabólico galope, llenando el campo de alaridos. Y esa vez el caballo de Gadea perdió por un cuerpo. Pero no se habían mirado aún los jueces, cuando cayó el comandante entre ellos con el ímpetu de un tifón, palpitante como una bordona herida. Y poniendo los ojos del ñacurutú de su pistola en los desorbitados del comisario, le gritó:

—¿Quién ganó la carrera?

El comisario, casi desaparecido del mundo ante aquella visión dantesca, respondió:

—¡Su caballo, comandante!

La voz recia de esa extraña revancha se oyó por boca de uno de los sentenciadores:

—¡El Lancero pa todo el mundo!

Entonces, recién entonces, Gadea empezó a medir el tamaño de la falta de su ética. Montó en su moro, bajos los ojos, enfundada la pistola, colgantes los brazos. Se allegó, ensimismado, a la enramada más lejana y pidió una grosella. En un vaso, alto y ancho como él, se la trajeron, rutilante



Y, poniendo los ojos del ñacurutú de su pistola en los desorbitados del comisario...

el rubí del licor veteado por el azul del agua de una cachimba. El sol empezó a descender. Pero el comandante no levantaba el vaso, ni oía la sonora alegría de los suyos, ni tendía su mano a quien se la tendía. En torno a él se fué haciendo un círculo angustioso que nadie osaba trasponer. De pronto pareció despertar y subió de un salto a su caballo. Enderezó a una carpa, vió al comisario, lo llamó y se apeó junto a él. Y le habló en un tono entre imperativo, cortés y suplicante:

—¿Por qué me dió la carrera gana?

El comisario, que no había desatado el nudo que aún le hinchaba el cogote, lo miró. Veladamente, pero lo miró. Y le respondió:

—¡Porque usté es más comisario que yo!

No esperaba tal respuesta Gadea. Tanto no la esperaba que sintió, enfriándole la entraña, una punta de hielo, y tostándole el rostro el fuego de una llamarada. Todo un cosmos de pasiones, de justicias y de morales se desplomaba en él. ¡Más comisario que el comisario, ganando carreras por sobre los jueces, por sobre las aparcerías, por sobre las bestias!

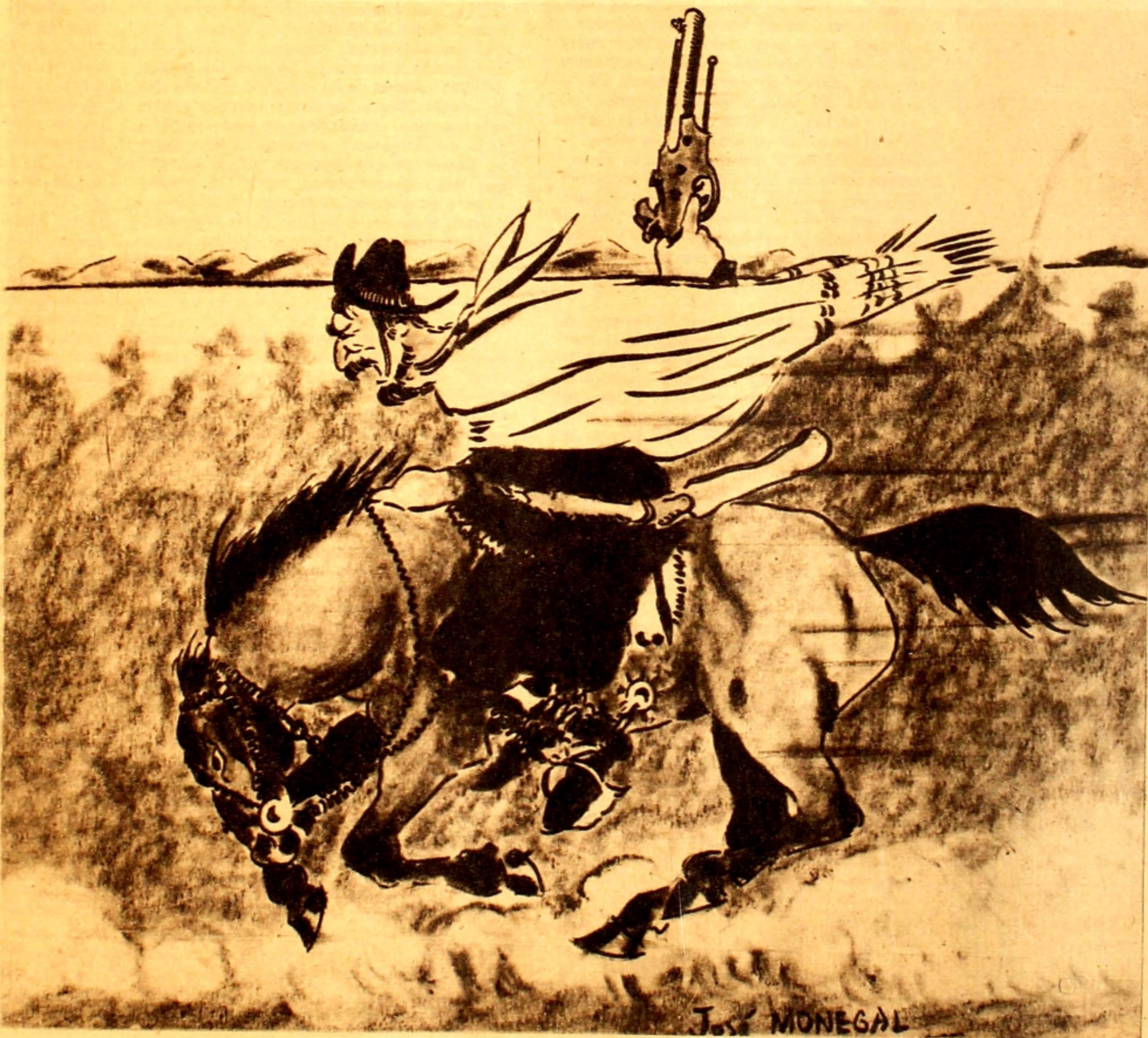
Y así, con esa negra borrasca en el alma, doblado y flácido como un arco sin flecha, volvió monologando en el más sombrío y cruel de los silencios, casi como Hamlet en aquel *ser o no ser*. Volvió a la enramada y se apeó junto al vaso con el licor que pidiera para aliviar su sed y su fatiga. ¡Pero ya no había ni sed ni fatiga! El sol había desaparecido cuando Gadea subió a caballo otra vez, y pidiendo que lo dejaran solo se perdió rumbo a su casa.

Los gauchos de hoy... No. Ya no hay gauchos. Los hombres de campo de hoy, a pesar de que aún gastan sus energías en arreos de tropa, pa adas de rodeo, doma de potros, en todos esos duros, hombrunos y heroicos trabajos que el gaucho elevó y exaltó, en fin; a pesar de eso, repetimos, orientan su pensamiento, en sus ocios, a otros rumbos que los de antes desconocían. Hoy, en el más escondido rancho se saben las tres cifras de la última quiniela, los tiempos de Luzeiro y las campañas de Peñarol y Nacional. Esto que decimos y que parece salirse de la cuestión del comandante Gadea, viene a afirmar esto: el gaucho hacía correr sus ocios divagando. De ahí, y dado el profundo y translúcido ambiente en que vivía, sus divagaciones creaban asuntos o actividades cuya totalidad es maravillosamente proteica. Una de esas divagaciones está constituída por las levendas (flor de su sabiduría). Luego de un hecho sonado, ya por sus relieves heroicos, o románticos, o feroces, etc., surgía, poco a poco, como corolario de tal hecho, su leyenda correspondiente.

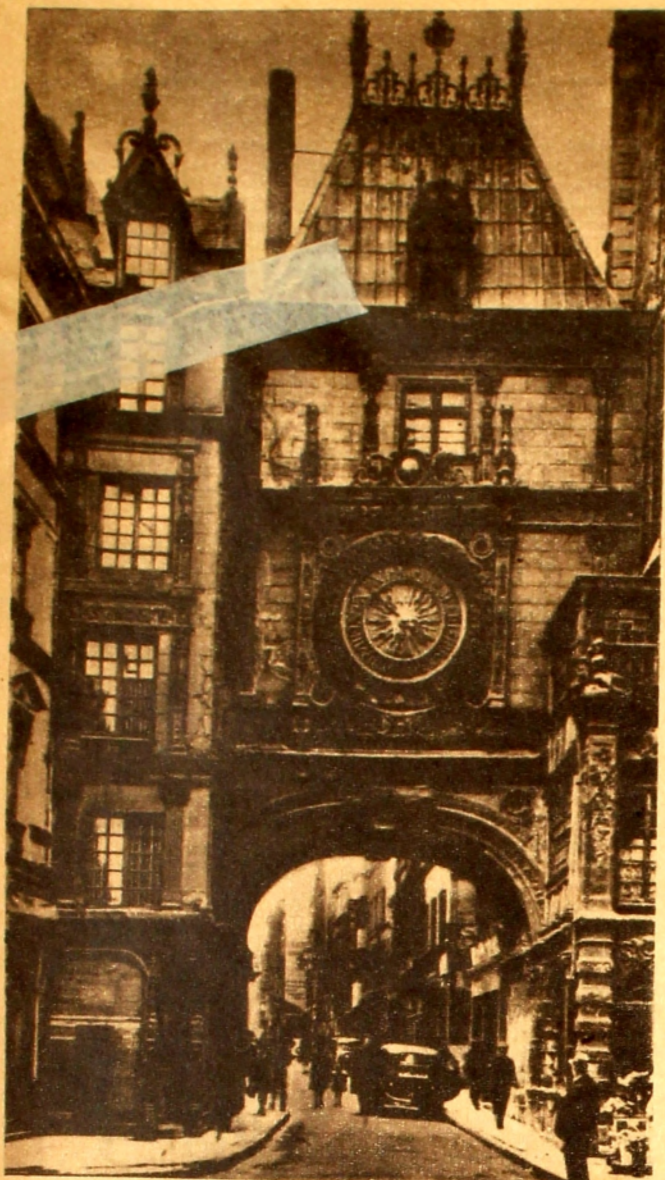
El caso de Gadea tiene la suya. Dicen, (este dicen abarca todo el campo con su cielo y su tierra), dicen que después de la última carrera el comandante no salió más de su rancho. Sombra en la sombra de él, vivió y murió. Dicen que aquella enramada donde él, extraviado el mirar como el de un carnero ahogado, rumió su problema, fué cayendo, cayendo: paja brava que se despeina y vuela, palo que se pudre y cae... Y que sobre aquella tabla con cuatro patas el licor se fué secando, secando... Dicen ¡que como veinte años esperó el vaso enrojecido el retorno del comandante Gadea para que su boca llevara frescura a su corazón atormentado! De mañana, de tarde, de noche, en los inviernos o en los veranos, pasaban los gauchos y miraban suspensos la grosella, sangre que fué desvaneciendo el tiempo. ¡Y nadie se acercó a ella! Y dicen que el día que el comandante amaneció tieso y tendido como una cantramilla, el vaso, hasta entonces respetado por las fuerzas de la naturaleza, por los hombres y por las bestias, se volcó; y lo que quedaba de la enramada cayó con estruendo... ¡Pero son muchos dicen! Nosotros, con respecto a esto último (y que nos perdonen las viejas de aquel pago) creemos que es, sencillamente, mentira. Y con respecto a lo primero, a la carrera famosa, lo hemos puesto en cuarentena. Una cuarentena que hoy, justamente hoy, cumple treinta y cuatro años, dos meses y tres horas, es decir: desde el día que otro comandante nos contó lo que nosotros acabamos de contar.

José ***MONEGAL.***

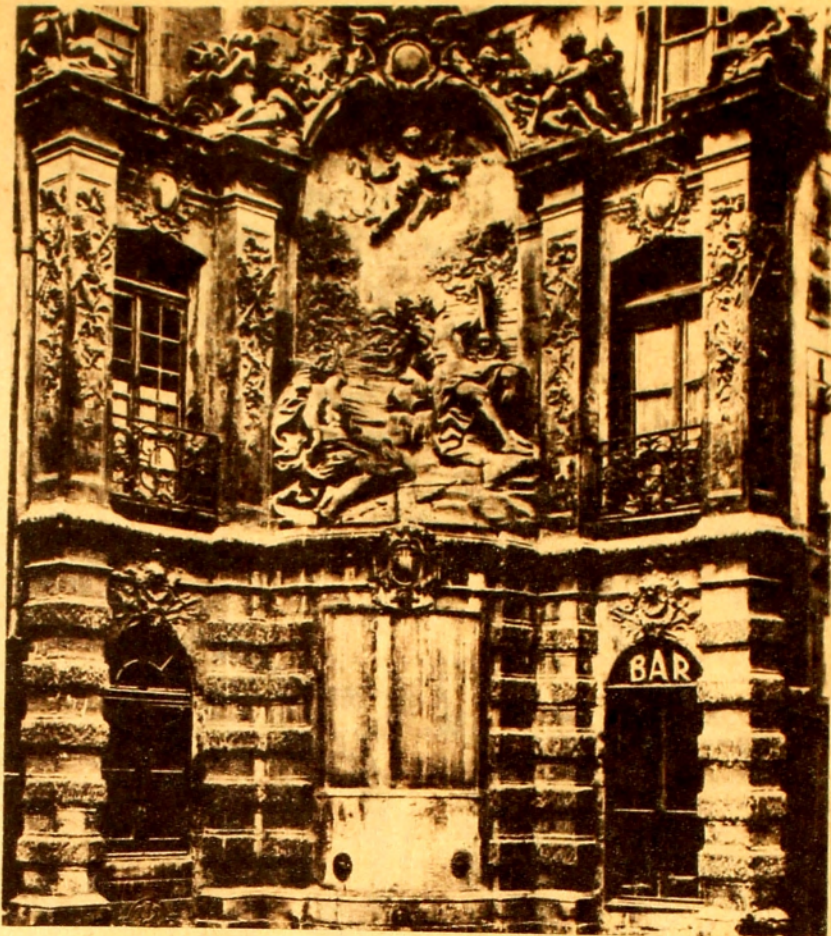
(Dibujos del autor. — Especial para EL DIA).



Y entonces se vió algo inusitado...



La Puerta del Gran Reloj. Lineas puras y aspiración emocional del clasicismo resucitado



Fuente de Alfeo y Aretusa. Renacimiento y voluptuosidad del Renacimiento. Siglo XVI.

LECCION. CONTR

TIERRA de paz que descansa y paisaje fácil que duerme. Manera de descanso, en su facilidad, y manera de paz en su sueño. Esto es la Normandía

¿Quién no halló alguna vez el ecuador en miniatura —o espiritual, si se quiere— que a todos los paisajes distingue, separa y caracteriza? Porque existe el paisaje agresivo, inquieto, elemento del tumulto o de la acción, o de lo permanentemente dionisíaco. Como existe el paisaje apacible y apolíneo, apto para "estar en él", instrumento de la quietud y padre de la contemplación. ¿Quién no advirtió alguna vez la presencia del paisaje que es impulso, elemento de marcha y de dinamismo, incitación a buscar no se sabe qué, ni dónde —montaña, valle o llanura— porque tiene y ofrece todos los excitantes de la inquietud? Y ¿quién no halló, en cambio, ese otro paisaje que invita a detenerse y a "estar en él", embruja y retiene, amortigua y calma, o impone la contemplación que se hace descanso y placer de la quietud?

El paisaje normando —y la tierra— están a este lado de aquel ecuador espiritual. Mirador de Francia sobre la Mancha y atalaya de oteo frente a la Gran Bretaña. Tierra fronteriza, sin ser frontera, y tierra de expansión. Aún no se extinguió lo normando en los paralelos del Canadá. Mezcla sabia de verde tierno y de ocre, en las lomas tendidas de Normandía, que no conocen la arista, ni el pico, ni el valle en tajo profundo, ni hacen llanura. Sensuales y suaves, en amplia curva, como si la tierra copiase o esculpiera senos de mujer en flor. Verde profundo los encinares, con manchas de cobre que señalan en el mapa vivo la abertura de los calveros. Escenario la selva normanda de agrestes infantilismos: de "Blanca Nieves", de "Caperucita roja", o de enanos magos (malicia y humor). Y refugio postrero de ingenuidad literaria. Tierra ondulada y mansa de jugo y pastos, con venas de agua llanera que pasa lenta y se duerme, o canta y se va hacia el mar. Media luz tamizada sobre el paisaje apacible, porque huye la tierra normanda de la noche norteña, pero no adivinó, ni ama, ni busca el trallazo excitante del sol. Abiertos los valles a la visión unánime de todas sus dimensiones. Ofrecidos. Sin tajos (que son resonancia —y emboscada—), sin crestas (que son rompiente —o cortina, o arista que hiere—), animados por el silencio inmenso, "que se oye", y por la paz que llega —y penetra— desde el confín del paisaje. Y las playas, al fin. Las playas de Normandía. La perfecta imagen de la paz triunfante, de la quietud que vence, del embrujo que amortigua y retiene, en el duro golpe de mar —de la Mancha (cólera que anda)— tendido y flácido sobre la arena que domina sin oponerse, resiste sin contrachoque y amansa con mansedumbre.

Normandía... Tierra que descansa y paisaje fácil. Calma y embrujo. Tierra que, sin embargo, resuena, y es eco de clarinazos y estrépito de batallas. Desde el fondo mismo de su historia propia, más inquietud que paz, más tumulto que remanso y más acción que contemplación. Aún sangra la tierra mártir de Normandía —ruinas y tierra removida, selva hendida y obra rota, devastación y brecha—. Sangran las heridas de ayer mismo: junio de 1944. ¿Quién pudo olvidar aún a la tierra normanda, paisaje tranquilo y fácil, transformada en "Muralla del Atlántico", reducto del horror que se llamó "Nueva Europa", ni al impulso que llegó desde afuera, asaltó la muralla —un solo afán en el choque inolvidable— y mató el horror y lo falso de la "novedad" europea, dejando a Europa con su Europa no más... que no es poco y mucho cuenta todavía? Pero la tierra normanda, tierra del choque, sangra aún.

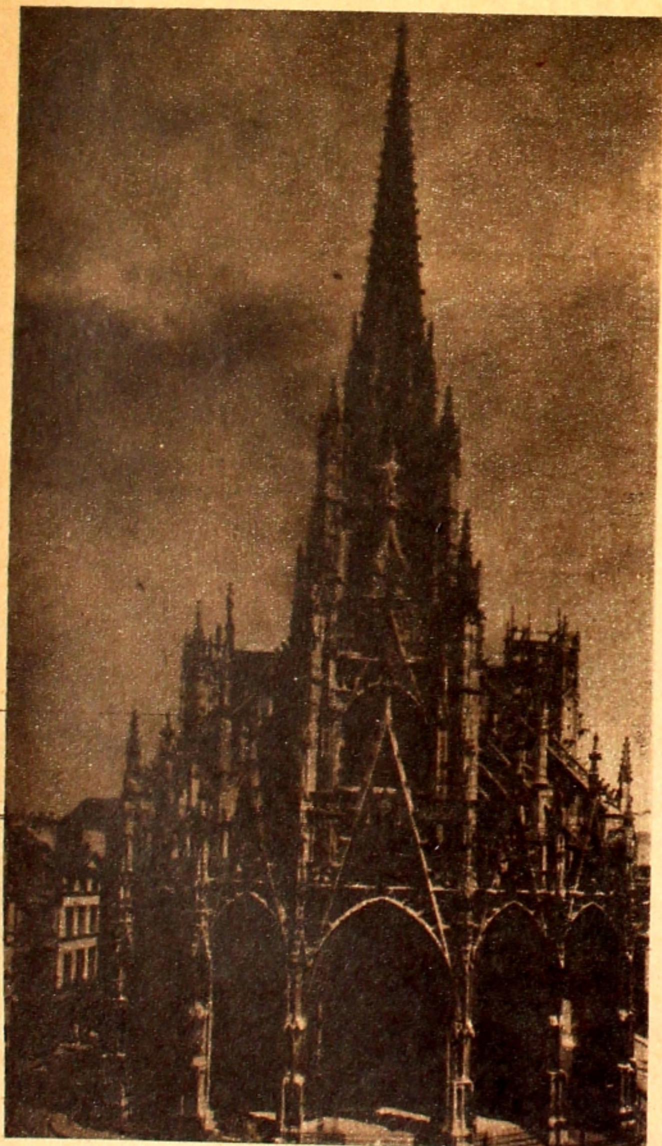
Normandía francesa... Tierra de normandos, de hombres del norte, o de "northmans" (no se decía "northmen"). Doce siglos corridos ya. Y queda un interrogante, en los mares del norte, sobre el rumbo de los conquistadores y navegantes noruegos que hasta América fueron sin que el rastro quedase. (¿Se advirtió que ninguno dejaron tampoco los adelantados del aire que desde Europa salieron, los primeros, camino de Norteamérica?). Queda ese interrogante, pero hace ya 12 siglos que la Normandía —y aún no era Normandía— vió llegar al normando-navegante, conquistador y pirata, tendido un brazo hacia América; hacia el Este y el Sur otro brazo. Hacia la inmensidad de la estepa rusa y hacia el botín de Bizancio. O hacia el mar. Hacia la Normandía apacible. Y para hacer presa en Rouen, en Jumieges y en Saint-Wandrille. Para entrar a saco en las ciudades, raziar los conventos, demoler, incendiar y abrir cautiverios. Para bajar aún desde la tierra normanda —ya Normandía— hasta Nápoles y Sicilia, hasta Sevilla misma, cuando ya entraban en Francia los árabes de España y ante Roma alzaban tiendas los árabes africanos.

Desde entonces... La Normandía —normanda— s el paisaje fácil, eco de clarinazos. Es la conquista de Inglaterra, las guerras civiles entre condes bretones y reyes ingleses, las guerras civiles entre condes de Flandes y grandes normandos, entre grandes normandos y otros grandes normandos. Es Guillermo el Conquistador y es Ricardo Corazón de Leon. Es Hasting y es la Cruzada. Es la lucha de Felipe Augusto

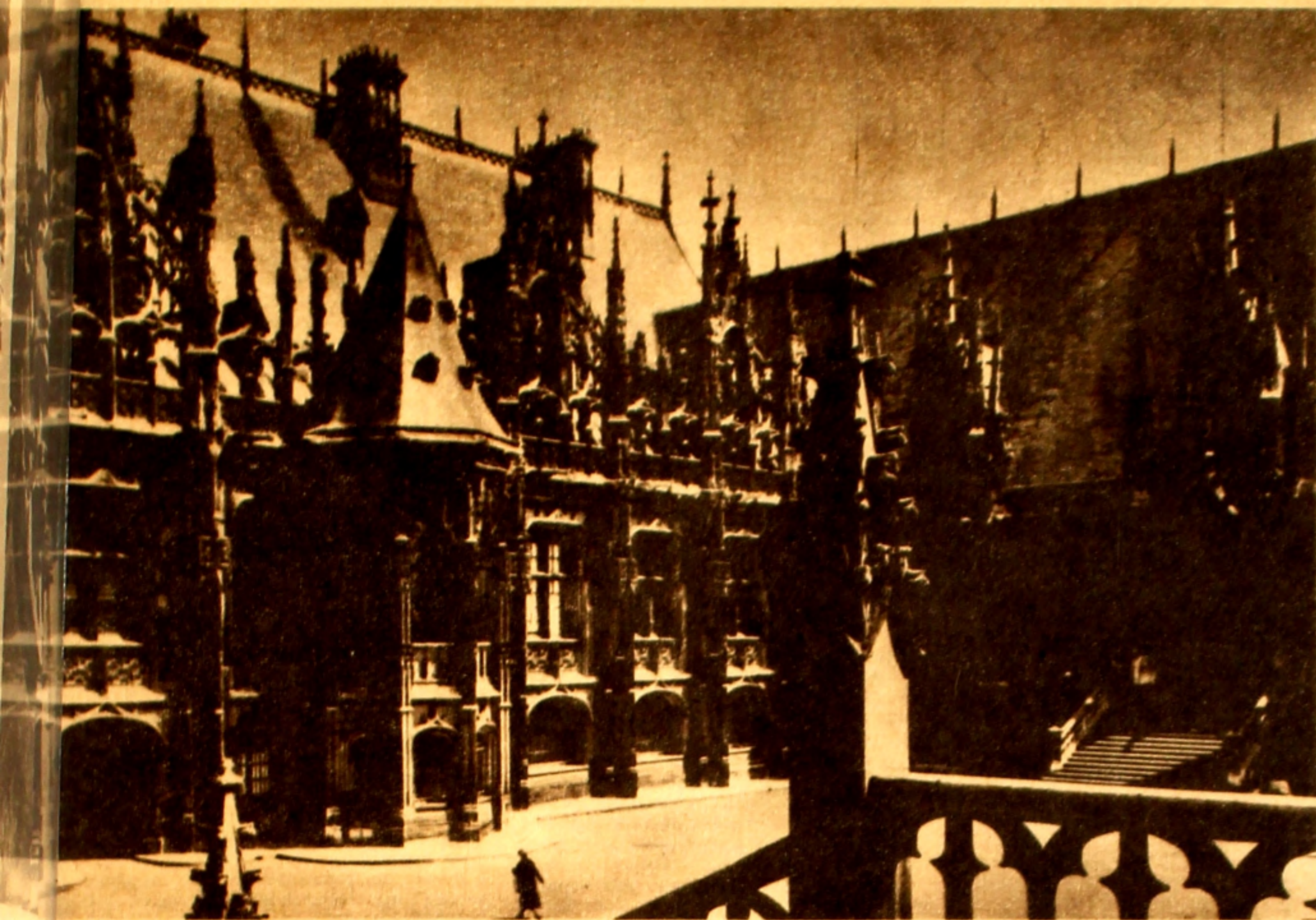
y de Juan Sin Tierra
injertas en la guerra
martirio de Juana de
de religión. La lucha
y el cardenal Richelie
Permanente oposición
destino de la tierra. O
tre la tierra misma y

Y aún queda la reb
que construyen. O la
"que hace", y es llam
furia que deshace y le
que hay quien constru
quien se sirve de la p
bates. O, mientras se c
o cree en su genio y
hoy, interrumpidos m
nuevo, la maravilla gó
Rouen se eleva (tres
el XIII al XVI), y S
Ouén. Florece el Rena
mento Normando, en
Rouen, en el Palacio B
catedral de Evreux su
Valmont, las Damas y
el Palacio de Ecoville
yeux, el castillo de Fa
quedaba de 8 siglos,
después por aquí.

Maravilla normanda
ya en ruinas) que en
acorde con la tierra,
testa contra el tumulto
su manera. Pero ¿caso
liano no florece, se im
bién, en el gran tumulto
al siglo XV, y ensord
ta— la juventud del
Leonardo, Rafael y B
Ariosto y Brandello,
misma época que Ale
Carlos VIII, Ludovico
Córdoba y el papa M
Carlos V y el Condesta
triga y guerra permanen
maquiavelismo y alian
tanzas y traiciones, saq
menes de Estado. El mi
pre entre la tierra que
y hecha está para su vi
ria de todas las ambicio
la niega. La carrera mile
nica que se adelanta y
que la mueve, contra el
—gobierno o contrago
ferocidad del poder— q
trocede hacia la selva. ¿N
ma —idéntico el contra
técnica o nuestra cienci
sión del genio humano y
los descubrimientos, m
nueva, y las flaquezas,
el retorno a la ferocidad
las costumbres y en ma



La filigrana de San Maclou



...en se extasía ante el Palacio del Parlamento normando, armonía de líneas y pureza expresiva

...TE Y EMOCIONES. EN NORMANDIA

...s civiles
...Años,' e
...guerras
...Dezcalzo
...ser 1944
...mbres al
...undo en-

...hombres
...de la fe
...elo, a la
...tino. Por-
...ulto. Hay
...dos com-
...rda su fe.
...menzado.
...dados de
...atedral de
...ora, desde
...u, y San
...el Parla-
...Puerta de
...lde... La
...abadía de
...de Caen,
...al de Ba-
...o que aún
...1944 pasó

...todavía, o
...nenta nace.
...isaje. Pro-
...es suyo, ni
...miento ita-
...riunfa tam-
...a en Italia
...ensangrien-
...guel Angel,
...el Tasso, y
...otes de la
...Borgia, que
...Gonzalo de
...Francisco I,
...Borbón: in-
...rra italiana,
...n día, ma-
...Roma y cri-
...traste siem-
...vivir y vive,
...sa, y la fu
...e la viola y
...entre la téc-
...ritu creador
...inmoralista
...ambición y
...icamente re
...acaso la mis-
...entre nuestra
...XX, expre-
...ada de todos
...que se re
...uficiencias, o
...ática, que en
...políticas do-

minantes, pretenden ser su contrapartida? Puestos a inventar dioses, ya inventaron los hombres una verdad —o dos—. Porque nada desmiente todavía la presencia de Ormuzd, y aún menos la de Arimán. Es cierto que Ariel perdura. Y eso vale la vida. Pero Calibán también. Y eso vale la muerte.

Queda algo —y aún mucho— en Normandía. Queda Rouen, lo primero. Conjunto admirable, y la más exquisita alianza —en el mínimo espacio— del arte gótico y del Renacimiento, vecinos y hermanos. El viejo Rouen, medieval y sagrado que se recuesta en los muros de sus catedrales góticas. Se extasía ante la maravilla del Parlamento en ruinas. Callejuelas torcidas que son pura Edad Media. Silencio sacro en las naves siete veces centenarias de Notre Dame y de Saint Ouén.

Pero llega uno a la capital normanda que domina la flecha de Notre Dame —sabor de siglos y vetustez ilustre—, advierte ya su silueta y respira a Rouen, y otras torres y otras siluetas en laberinto mecánico le cortan el camino —material y visual— y brillan a orilla del Sena que se acerca al mar. Torres de cracking, laberinto de tubos en el aire, tanques de acero, barcos panzudos en los muelles del río. Porque Rouen es el enclave cerrado y concentrado de la exquisita alianza gótico-renacentista, con la permanente exposición de su medievalismo. A pesar de las ruinas que dejó la guerra última —y las otras—. Pero es también el primer centro de refinage y el primer puerto petrolero de toda Francia. Los barcos panzudos están a la vista de San Maclou. Y las torres de cracking también. Este contraste faltaba en la aventura normanda. Y no falta ya.

Piensa uno en Rafael de Urbino cuando siente el choque emocional de Rouen. Cuando se detiene ante la Puerta del Gran Reloj. La fuente de Alféo y de Aretusa, a la derecha. Renacimiento y voluptuosidad del Renacimiento. Redondeces y carne. Líneas puras y aspiración emocional del clasicismo resucitado. Y encuadrada por la Gran Puerta renacentista, al fondo de una calle que a Edad Media huele todavía, se ofrece la filigrana de la catedral gótica. Porque fué Rafael, maestro y vocero del Renacimiento, quien, en modo despectivo, inventó el apelativo "gótico" aplicado a la arquitectura que estaba en su precedencia (porque era arte de bárbaros —decía Rafael— y fué el godo el más bárbaro entre todos los bárbaros que asaltaron la romanidad). Piensa uno en él cuando surge el gótico de la catedral de Rouen, fondo a la puerta y a la fuente renacentistas, y no siente el choque de lo distinto, ni de lo que se opone, ni de lo que intenta intersuperarse, y advierte, por el contrario, cómo se suman las dos maneras de expresión por la arquitectura. Y cómo también se completan y se adicionan en un solo valor. Entra uno en la catedral de Rouen y recuerda también a Rafael con su juicio despectivo, agresividad del artista nuevo hacia el arte que le precede, y agresividad de artista genial (querella eterna entre el arte de cada generación y su precedente inmediato, que sólo es el complejo del afán liberatorio, o de maneras nuevas ante la forma que ya hizo escuela y encadena).

Recuerda también a Rafael, porque pasó ante el pórtico, cincelado como una joya, expresivo en la piedra que habla. Entró en la catedral y hay una fuerza adentro que le retiene, le sujeta y le eleva. Le pone la mirada en la última baldosa y en la primera columna, en el arco que sube, en la ojiva que despliega su gracia (laberinto de luz en los vitrales, o en los rosetones labrados que son explosiones de color), y en el crucero fino y lanzado hacia lo alto, equilibrio y audacia unánimes, que son la esencia del gótico. Y halla de pronto, apenas la mirada vuelve a tierra, esta tumba de los cardenales de Amboise, Renacimiento - Siglo XVI, serenidad de las figuras, armonía de la masa, realismo expresivo de las estatuas orantes y sensualidad de las líneas, en medio de la inmensa nave descarnada que sube seca y se impone. Y la impresión del uno y lo mismo, de la continuidad en el valor humano, le penetra y le sobrecoje.

O, llena todavía la vista y la emoción de la fachada del Parlamento normando (armonía de líneas, pureza expresiva, ornamentación que habla, como hablan las piedras góticas de la fachada catedralicia), entra uno en San Maclou o en San Ouén. Y la impresión es la misma. Como es idéntica cuando pasa de la callejuela medieval (costillas de madera y patios ojivados, pero con muros que ilustra la fantasía de las quimeras), al patio del Palacio Bourgtheroulde. Porque son uno y lo mismo las quimeras góticas, en danza macabra sobre el atrio de San Maclou, y las mujeres desnudas entre cupidos, ornamento de capiteles (la Edad Media y el gótico son modelo de parecidas audacias) y la redondez sensual, la exuberancia y el complejo ornamental del palacio renacentista.

¿Uno y lo mismo en las maneras, en la concepción, en el tratamiento temático, en el modo de ver o de hacer? No. Un hombre del siglo XVI —artista— ya no ve, ni hace, ni concibe, ni trata, como el hombre —artista— que concibió y alzó catedrales góticas. Pero, quiéralo o no, siente lo que aquel sintió. Y la misma perfección le llama. Aspiró a desprenderse no más de la cadena que al modo precedente le ligaba, y hacia adelante aprendió a ver. El uno y lo mismo está en la emoción conjunta de la expresión humana, o en la eterna aspiración humana a la expresión.

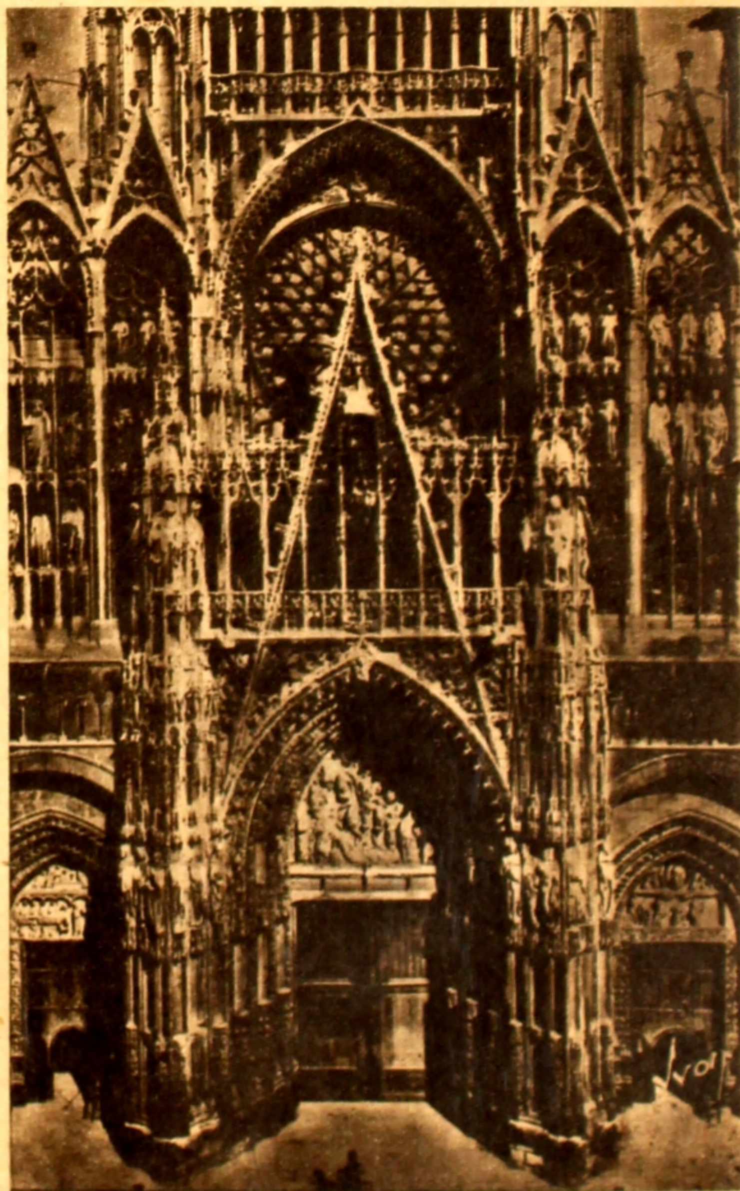
UNO —más allá de las formas, de las escuelas y de las liberaciones— en cuanto queda y perdura: lo que puso el genio humano —no importa cómo ni cuándo— en la pura expresión del sentimiento. El mismo uno, alma de la ciencia y de la técnica que se renuevan y avanzan, sin detenerse nunca, porque también es pura la aspiración. Que en la ambición humana se quiebra, en cambio. Y en todo lo que es poder, o ambición de poder, o mística del poder, o moral, o inmoralidad del poder, perfeccionado un día, y humanizado, pero con perfección que no permanece, se pierde y vuelve a su origen, a la selva, porque no siempre es pura la aspiración. Para empezar de nuevo. Retrasado ya. Cuando no a contramarcha.

Y hay así tantas formas del poder público siglos enteros situadas más atrás de su tiempo, o con la hora retrasada y distinta a la que marca el reloj de su ciencia contemporánea, o de su técnica, o de su arte. Y las hay que ni siquiera son uno con cuanto inmediatamente las precede, ni lo pueden ser. Porque hubo pureza unas veces y lo impuro de las otras siglos atrás saltó. Pero saltó, rompiendo la emoción conjunta de la expresión humana que en las formas del poder público debió ser perfección y facilidad del hombre, y fué perversión. O porque su material es el hombre y no la materia inerte, y la pasión su laboratorio, orgullo simple el pensamiento y turbiedades la acción.

Quien alzó templos griegos, cinco siglos antes de la era, está tan cerca, en todo caso, de quien concibió catedrales góticas en el XII, o en el XVI "hizo" Renacimiento, como el hombre que inventó la rueda, de quien concibió el avión y lo ejecutó. Milenarios les separan, o siglos de profundidad, y la línea de evolución creadora que los une no se quebró jamás. Vió, en cambio —y ve— nuestro propio siglo (sin buscar el ejemplo más atrás) mentalidades y modos de gobierno, o de orientación de los hombres, que nada liga ya con nuestro tiempo —ni con los precedentes inmediatos—, todavía anclados en plena era de Gengis-Kahn... o que a Gengis-Kahn volvieron.

J. B. TOLEDO

Burdeos, 1950. (Especial para EL DIA)



Pórtico de la catedral de Rouen, cincelado como una joya. Expresivo en la piedra "que habla"

NUESTRA EPOCA

INGENIERIA

SEÑALAR la historia de la ingeniería universal, es rever un poco el proceso histórico de la Humanidad.

La historia genera sus procesos en forma similar al mar; no son sus movimientos ondulatorios por violentos que sean, ni son las furiosas olas, las que modelan definitivamente los cauces: son los fenómenos de corrientes profundas, pero poco perceptibles, los que tienen efecto preponderante; no son los días turbulentos los que señalan generalmente el curso de la historia, sino los apacibles y tranquilos, los que generan las etapas que estructuran la Humanidad.

Por eso, rever la historia de ésta es compulsar el proceso evolutivo de la ciencia de la ingeniería, cuya obra y proyecciones sin el significado violento de otros acontecimientos, labra el cauce que permite acelerar la evolución económica y social de los pueblos, siempre más allá, en los campos de libertad y democracia.

Desde los más lejanos tiempos, el ingeniero perfila su personalidad en prosecución del bienestar de los núcleos sociales, y desde la defensa misma de la vida, con los abastecimientos de agua y saneamientos; en la vivificación de las energías potenciales entrelazando los territorios con las vías férreas, carreteras y ferrocarriles, en la prosecución de los grandes procesos industriales, que animan delicados mecanismos y pesadas máquinas, impulsadas por la energía hidráulica que generan las aguas de los ríos, en las majestuosas represas y turbinas, en el mejoramiento de las condiciones de vida del campesino por las fecundas obras de regadío, en los puertos y navíos que surcan los mares, en la creación de las maravillas del avión, del radar, de la televisión y en la utilización de la energía atómica, el ingeniero por una razón de supervivencia de los pueblos, ocupa un puesto de vanguardia en el renovado proceso de la vida, al servicio de los intereses de la colectividad, acaso como una afirmación del viejo aforismo enunciado en el siglo pasado en la Sociedad de Ingenieros Ingleses, que "la Ingeniería es el arte de organizar y dirigir hombres, y de controlar los materiales y fuerzas de la Naturaleza para el beneficio de la Humanidad."

El desarrollo de las obras públicas, desde los más lejanos tiempos, registra un proceso no siempre continuado y regular, pero siempre creciente, estrechamente ligados a los imperativos de las distintas civilizaciones.

Aún en los núcleos primitivos de nuestro continente americano, surge la gravitación de las obras de ingeniería, en su organización económica y social, en su trayectoria pre-colombiana.

Cuando los aztecas, procedentes de Aztlan —el lago de las garzas— llegaron al Valle del Anáhuac, en el año 1160, fundaron la ciudad de Tenochtitlan en una extensa laguna, que fué después denominada de México, asiento actual de la gran capital norteña.

Y en algunos islotes, cuya superficie total no excedía de veinte hectáreas, fué edificándose el centro de un vasto y poderoso imperio indio, en un proceso singular, de acarrear metro a metro la tierra al agua para extender los islotes, solidarizados por jardines flotantes, y nuevas tierras para los edificios y la agricultura, rodeados de canales de regadío y navegación, conjuntamente con el sistema de agua potable, protegidos por el gran dique Netzahualcoytl, que con sus compuertas significó una admirable obra de la ingeniería azteca.

La ciudad surgía potente —como en las viejas leyendas germanas— como un milagro de las aguas, creciendo en vastos círculos concéntricos, expresión de una gigantesca labor, y al unirse el núcleo así edificado a las zonas ribereñas con cuatro calzadas, trazaron en las claras y serenas aguas de la laguna el diseño de una inmensa flor, que un día tronchó Hernán Cortés, tiñendo de rojo las aguas de la Laguna de México.

Más al Sur, sobre el macizo de la cordillera del Perú, los incas que Manco Capac —hijo del Sol— había guiado al verde y apacible Valle del Apurímac, estructuraron una organización económica y social planificada, que los orientó hacia las grandes obras en apoyo de su principal actividad — la agricultura — realizada en terrazas artificiales en las faldas de las sierras, que florecían por un sistema de canales de regadío, que extendido a centenares de kilómetros dibujaron en los valles y en las montañas maravillosas obras hidráulicas.

Pueblo de irradiación singular, proyectó desde Cuzco, capital del imperio Inca— sus puentes colgantes y sus caminos pavimentados, en trazados rectilíneos, que trepaban la montaña en escalera, que llegaron a todos los rumbos de América; hacia el Sur a Chile, a través del desierto de Atacama, al Norte hacia Quito y a las umbrosidades de la selva amazónica.

Y entre estas civilizaciones primitivas, otro núcleo de rasgos característicos, los Mayas, que en el paisaje tropical alzaron sus palacios y sus templos, que alcanzaron elevaciones de sesenta metros —en Uxmal y Tickal—, en las serranías de Chipas y en las estribaciones de la Sierra Madre, como expresiones de su genio constructivo y del alto sentido artístico reflejado en el juego de luces y sombras de las fachadas, orientadas por los astros y las constelaciones.

Y sus caminos trazados, como mallas en la selva; sus ríos entubados en los centros cívicos; sus embalses y sistema de riego, que fueron el asombro del conquistador y afirmación de una cultura, que es la primitiva expresión de la ingeniería en el contralor de los materiales y fuerzas de la Naturaleza.

Y en otros continentes, en medios más civilizados, ahincados en el pasado de Grecia, Roma y Egipto, la ingeniería tras los mismos objetivos, desarrolla su proceso evolutivo en los siglos, en el conocimiento de la luz, creando la óptica y sus complejas leyes, el estudio del sonido, del calor, ensanchando día a día los conocimientos, y luego en el siglo XVIII la electricidad y el magnetismo, propiciando las máquinas para los primeros desarrollos industriales, que



El cruce de los anchos ríos suponen obras difíciles de ingeniería en las fundaciones que pueden llegar a veinte o treinta metros por debajo de las aguas. La esbeltez y armonía de la superestructura, involucra estudios de laboratorios en modelos reducidos.

alcanzó su pleno desarrollo en el siglo XIX, en la era de la energía, que impulsa los transportes, y que en ritmo vertiginoso traduce para el siglo XX las maravillas de la radio y la televisión, que lleva al espacio la voz del hombre; el radar, que permite la visión en las sombras y la niebla; el microscopio electrónico, que alumbra un mundo invisible hasta hoy; el avión, que promete al hombre el dominio del espacio interplanetario: la energía atómica, por la rotura del núcleo de la materia en el complejo mundo de los electrones y protones que pone a disposición de la Humanidad las fuerzas capaces de disociar la vida del planeta, y ahora la desintegración atómica por la combinación de los elementos de hidrógeno y litio, capaz de librar energías vivas diez veces mayores que la fusión de los átomos de uranio o plutonio, en el mismo modo que el sol y las estrellas generan su proceso eterno de luz y calor; todas las fuerzas dominadas, como una etapa definitiva del avance de la ingeniería por controlar los materiales y fuerzas de la Naturaleza para el beneficio de la Humanidad.

Pero no sólo para el beneficio material del hombre, ensanchando al infinito su esfera de acción, creando un mayor bienestar en las condiciones de vida, orientándola a un destino superior, sino traduciendo además una creciente libertad, porque la evolución de la ciencia va marcando en los siglos la supresión de las torturas religiosas, la liberación de esclavos, la creciente protección de la mujer y el niño, la humanización de la ley y las avanzadas leyes sociales, que marca la etapa actual de la civilización.

¿Pero acaso ha marchado más rápido el proceso de dominar las fuerzas de la Naturaleza, que eleva el poder del hombre a términos superiores, que la formación de la conciencia, de la moral y la ética, para la utilización de esas formidables potencias?

Porque el hombre, que físicamente era prisionero de las fuerzas naturales, es ahora sólo de sus propios conocimientos, a merced de "sus propias imperfecciones mentales y espirituales."

Se ha librado de las fuerzas de la Naturaleza, y ha cerrado una etapa del proceso evolutivo. Ahora se abre un capítulo decisivo, un capítulo del drama de la vida de la Humanidad.

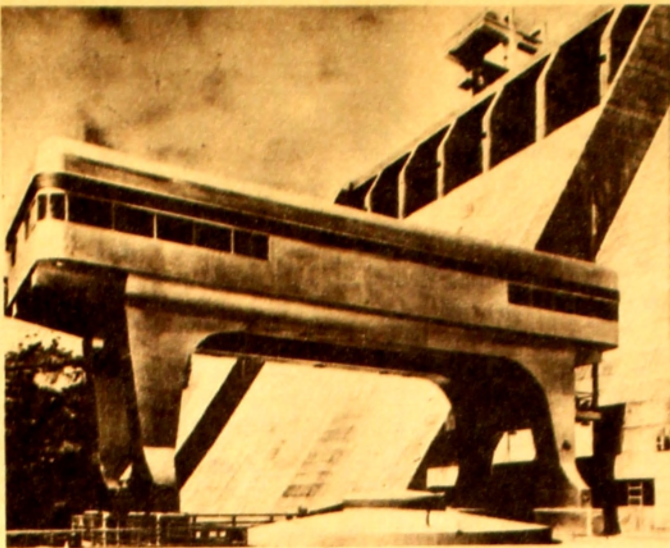
Un terrible fatalismo ha impuesto a los grandes descubrimientos científicos la alternativa de propiciar la felicidad del hombre y de propiciar también su perdición, porque no sólo en la vorágine de las guerras mundiales que se han sucedido en este siglo actuaron como factor de muerte y destrucción, sino por el futuro, porque si en la primera década nos promete el avión impulsado por la energía atómica en viaje a los planetas, o las posibilidades de regeneración de las células humanas heridas por el cáncer por medio de los isotopos, puede orientarse también a destruir la vida del planeta por una inmensa reacción en cadena o simplemente ensombrecer el futuro del hombre.

En estos momentos estamos en el tránsito de formación de una conciencia mundial para orientar esas terribles fuerzas y esos maravillosos inventos, para el bien, para mejorar las condiciones de vida, y esas corrientes se encauzan en tres direcciones: en primer término, por lo que se ha dado en llamar la "conciencia social" del hombre de ciencia, que desciende de su torre de marfil para tomar contacto con los problemas económicos y sociales como ciudadano y como obrero del progreso; en segundo término, por la estructura de un entendimiento de los pueblos, abatiendo las barreras que impiden el intercambio intelectual y la amistad; y luego, por la acción de los núcleos democráticos del mundo, solidarizados en la Organización de los Pueblos Unidos en la fórmula que preconizan los Estados Unidos de Norte América, de prohibir las armas atómicas y el establecimiento de un control internacional del desarrollo de la energía atómica, fórmula aceptada por los países donde impera la libertad y la democracia.

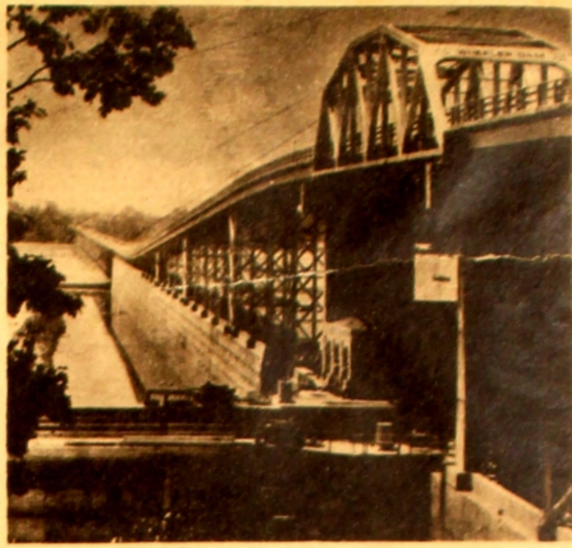
Y cuando tal contralor se haya realizado, volverá a tomar concreción el aforismo de los ingenieros ingleses, y los hombres podrán organizarse y dirigirse para la labor constructiva en las fábricas y los talleres, en el canto de las herramientas y del acero en los astilleros, y la aplicación de la energía atómica permitirá en los reactores el impulso de los motores, en el avión la conquista del espacio, y en la soledad de los campos, las claras aguas de los ríos volverán a girar vertiginosamente las turbinas y a agitar sus cascabeles en los canales de regadío, para que todo propicie el mejoramiento económico y social, hacia una sociedad feliz, que traduzca en definitiva el contralor de los materiales y las fuerzas de la Naturaleza para el beneficio de la Humanidad.

Ing. José L. BUZZETTI

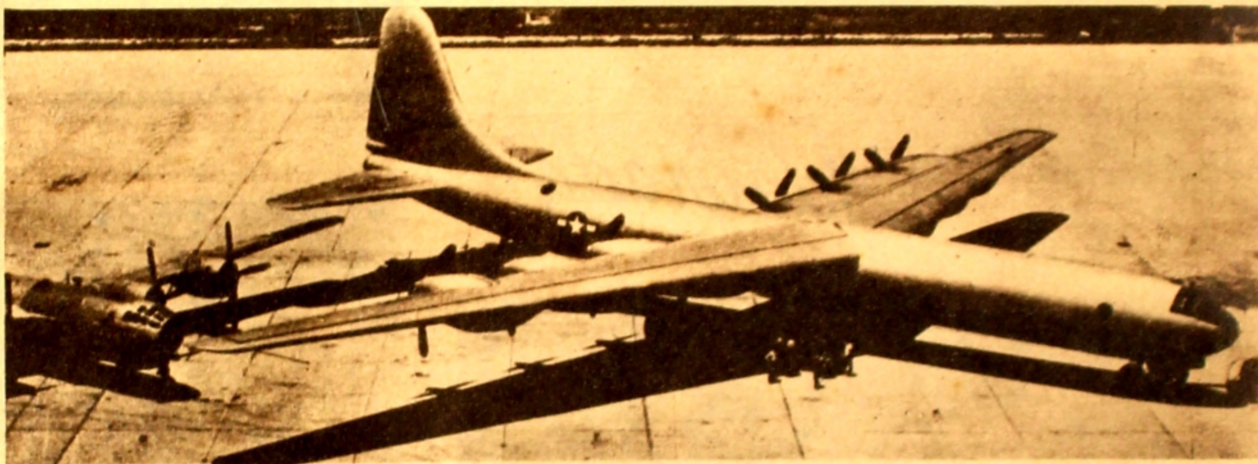
(Especial para EL DIA)



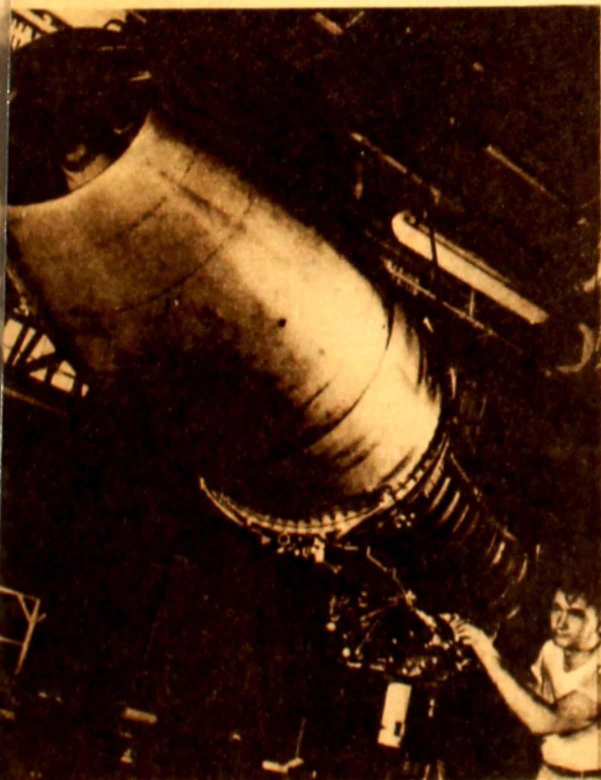
Los aprovechamientos hidroeléctricos, son base fundamental de los desarrollos industriales, y de la electrificación del medio rural, al utilizar el potencial de los ríos. Detalle de una grúa de 175 toneladas para el servicio de una represa y de las usinas.



Parte de una majestuosa represa del Valle de Tennesse, mostrando el puente carretero sobre el dique y la esclusa para la navegación. En estas obras, la Ingeniería alcanza su más alta expresión.



La nueva superfortaleza B-36 de 135 toneladas, impulsadas por seis motores a reacción. El avión más pequeño que figura en la ilustración, corresponde a la fortaleza volante B-29, de preponderante actuación en el pasado conflicto, ya que desde un avión de este tipo fué arrojada la primer bomba atómica en Hiroshima.



Un poderoso motor de reacción, aplicado al avión, que permite volar a velocidades superiores al sonido, y que promete la conquista definitiva del espacio, y quizás en pocos años el viaje a la Luna.



El radar, es una maravillosa concepción en el campo de la electrónica, que permite ver más allá de las tinieblas. Inglaterra, cuna del radar, debe en parte su salvación de los terribles bombardeos aéreos de la pasada guerra, a la protección del radar.



La explosión atómica de Bikini, eleva al espacio nubes de humo y de partículas radioactivas, enormes fuerzas y terribles potencias, en el mundo infinitesimal del átomo.



Dirigentes del Centro de Estudios de Ciencias Naturales hicieron entrega al Jardín Zoológico Municipal de especies de la fauna indígena uruguaya, capturadas vivas, en la reciente excursión de estudios realizada por el Este uruguayo.



El Partido Colorado homenajeó la memoria de los mártires de Quinteros, congregándose una muy nutrida concurrencia junto al mausoleo que guarda los restos del ejército del Gral. César Díaz, asesinados en campos de Quinteros.



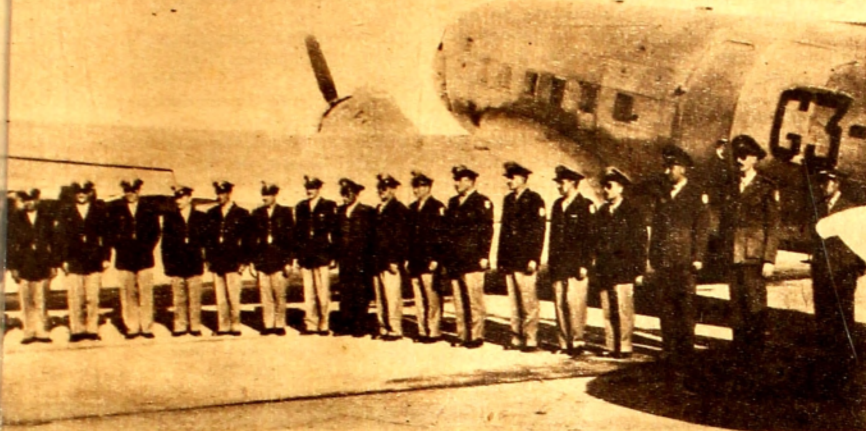
En el Ministerio de Salud Pública se realizó una importante reunión de autoridades y médicos, con el fin de tomar medidas para solucionar el problema de la asistencia hospitalaria de los niños enfermos de gastroenteritis.



La asamblea de vecinos realizada en el cruce de la Avenida Simón Martínez y el Camino Gori, zona agrícola próxima a Santiago Vázquez, rodeando al Intendente Municipal de Montevideo, Sr. Germán Barbato, al que acompaña el Presidente de la Junta Departamental, Sr. Ignacio Bazzano, a quienes asesoraron sobre el problema de los caminos vecinales para el desplazamiento de productos agrícolas a los mercados montevideanos.







En un bimotor de transporte de nuestra Aeronáutica Militar partieron en vuelo el grupo de pilotos militares que han de conducir en vuelo desde California a nuestro país, los nuevos aparatos bombarderos livianos, adquiridos por nuestro gobierno con destino a las fuerzas armadas del país. Los aviadores fueron despedidos por el Inspector General del Ejército, Gral. Carlos Iribar, Director de la Aeronáutica Militar, coronel Oscar Sánchez, jefes y oficiales, y los familiares de los viajeros, con las naturales escenas emocionantes de todas las despedidas. Muestran estas notas diversos aspectos de esa partida do la misión aeronáutica.

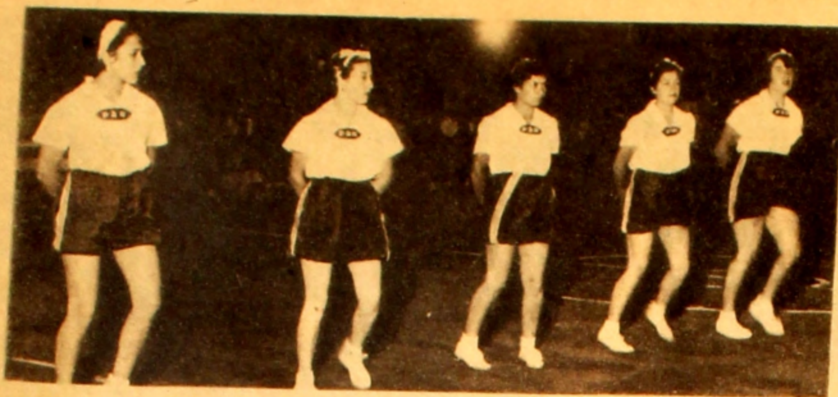
Información Local



Curso de vacaciones en la Universidad de Chile. El Subsecretario de Educación, de Chile, señor Julio F. Arriagada; el profesor argentino Sr. Julio Payró, y señora: Sra. Judith Rama, y la señora Celia Giacosa, en la recepción ofrecida a las delegaciones extranjeras concurrentes al Curso de Verano de la Universidad de Chile.



Recepción ofrecida por el Sr. Presidente de la República de Chile, y Sra. de González Vidella, a las delegaciones extranjeras concurrentes al Curso de Verano



Gimnasia rítmica por el conjunto de la plaza de Rosario, que cooperó al brillo de la hermosa fiesta en La Paz.



Escenificación de "Indios Coyas", de la Plaza de Rosario, que se lució en la inauguración de los pabellones en La Paz.



Exhibición de clavas luminosas.

PLAZA DE DEPORTES DE LA PAZ

EL desarrollo de las plazas de deportes, constituye uno de los motivos más halagadores en nuestra educación física, pues brindan solaz ampliamente plausible y a la vez permiten reuniones de importancia en las distintas zonas donde están ubicadas.

Desde el armonioso plan de la Comisión Nacional, a partir de 1911 en que fué creada por iniciativa del Sr. José Batlle y Ordóñez, en la ciudad y en el interior ha ido evolucionando un considerable número de estos centros de cultura física al aire libre, señalando la estadística que una cantidad que oscila en un centenar están distribuídas convenientemente.

La simpática obra, en marcha vigorosa y próspera, ahora cobra una mayor significación, a instancia del nuevo consejo que es presidido por el Sr. Luis Franzini, el cual también asume las funciones de Director General, encauzando las actividades con un claro y alentador sentido de evolución.

En el curso de las temporadas siempre se han venido haciendo mejoras en las plazas de deportes, dotándolas de mejores aparatos para los ejercicios, aumentando las canchas, estableciendo pistas diversas dentro de lo más confortable, a la vez que en aquellas de amplitud suficiente, se opta por destinar alguna parte a pabellones adecuados, con vestuarios y salas de estar, con gimnasio y otras localidades, que permiten su funcionamiento aún en días que resulta imposible hacerlo a la intemperie.

Corresponde dar, a través de estas líneas, el estímulo y la esperanza en torno a la plaza de deportes de la vecina población de La Paz, pues fueron inauguradas las dependencias de un cómodo pabellón, que servirá en forma satisfactoria a la importatne zona y sus adyacencias.

La amable circunstancia tuvo realce con la intervención del conjunto de alumnas de Rosario, Colonia, con la dirección de la profesora Sra. Quina Leys de Beracochea; también el equipo le alumnos de las clases populares que dirige el profesor señor Hans Wend, de las alumnas de la propia plaza, cuya sección femenina está a cargo de la profesora señora Ofelia Torres de Gobba.

Hubo además encuentros de basketball y volley-ball con la base del Club Welcome.

Un acto lleno de animación y júbilo, al que asistieron el Vice-Presidente de la República, Sr. César Mayo Gutiérrez, el Pte. Director General de la Comisión Nacional de E. Física Sr. Luis Franzini, el diputado nacional señor Humberto Bianchi Altuna, otras autoridades, representantes del periodismo, una crecida concurrencia de público, con el signo enaltecedor de numerosas familias, configurando la ceremonia algo que prueba el generoso optimismo que impulsa a la obra educacional en la emprendedora localidad de La Paz.

U. B.



Excelente, como en todas las oportunidades en que interviene, fué la demostración del equipo de alumnos de las clases populares de gimnasia que funciona en la plaza de deportes Nº 2 en Goes, dirigida por el señor Hans Wens.



Danza de las panderetas por las alumnas de la profesora Leys de Beracochea, que actúa en la localidad de Rosario, Colonia.



El Presidente-Director General de la Comisión N. de E. Física Sr. Luis Franzini, el Vice Presidente de la República señor César Mayo Gutiérrez, el diputado nacional Sr. Humberto Bianchi Altuna que preside la comisión local, como a la vez otras autoridades, ocupan la tribuna del estadio de basketball, en la inauguración del pabellón que contribuye al necesario mejoramiento de la zona.

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs









